

# LA PROTESTA

PORTE  
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII  
N.º 280

BUENOS AIRES, MARZO 15 DE 1928

El ejemplar  
20 Cts.



## SUMARIO DE ESTE NUMERO:

Marzo heroico — E. LOPEZ ARANGO: Anarquismo y comunismo — ELISEO RECLUS: Las ideas y los hechos en la Comuna — LUIGI FABBRI: Las tendencias anarquistas en la Reforma y en la Revolución francesa — MAX NETTLAU: Sobre la "Nueva Utopía" de Ricardo Mella — RUDOLF ROCKER: ¿Nos acerca la racionalización al socialismo? — P. KROPOTKIN: La Comuna de París — St. Daneff: Apolonio A. Karelin — EMMA GOLDMAN: El drama moderno: Un poderoso propagador del pensamiento avanzado. —

BIBLIOGRAFIA

## MARZO HEROICO

Las jornadas de marzo de 1848, la Comuna de París en 1871, la rebelión de Kronstadt en 1921, he ahí tres acontecimientos magnos que forman el nimbo de gloria del mes de marzo en la historia del proletariado, de la lucha por la justicia, por el progreso y por la libertad.

La sangre vertida en las calles de Berlín, en París, en la ciudadela de Kronstadt, en distintas épocas, no se ha perdido; aquellas vidas inmoladas ante el altar del principio de autoridad, han refulcido en ideas fecundas, en faros luminosos que alumbran el camino que es preciso seguir para la conquista de un nuevo mundo.

Ha costado mucho la verdad de que hoy nos enorgullecemos, pero al fin sabemos que si un día queremos ver reorganizada la sociedad según los principios de la solidaridad y de la justicia, habrá que marchar por el camino de la libertad integral. El París de 1871 veía más claro que el Berlín de 1848, y los rebeldes de Kronstadt en 1921 estaban más cerca de la verdad que los parisienses de 1871. No olvidemos la lección de los hechos y mantengamos siempre en alto la bandera del progreso.

El ideal del proletariado militante es la Comuna libre. La lección del Marzo tres veces heroico y glorioso es esa. Ese ideal bien vale los sacrificios, la sangre y las lágrimas que ha costado. Gracias a todo eso no necesitaremos en el futuro tantear a ciegas el camino de la emancipación; sabemos cuál es, sabemos cuál debe ser. Queremos la Comuna libre, como oposición al centralismo político — el Estado — y como polo opuesto a la gran industria capitalista moderna.

Ni el Estado ni la gran industria permiten la expansión de la libertad. El hombre es en ese sistema de vida un simple engranaje accesorio, en lugar de ser el centro y la medida de todas las cosas.

Al reivindicar la Comuna como núcleo principal de convivencia y como centro de producción, reivindicamos la base material más perfecta de la anarquía, es decir de la libertad. Porque la libertad no es una abstracción, sino una forma de vida individual y social que requiere un determinado orden de cosas en el cual poder manifestarse. Y así como la anarquía no cabe en el Estado, en ninguna forma de Estado, no cabe tampoco en el industrialismo moderno ni aun cuando fuese suprimido el patronato.

¡Centenares de muertos en Berlín; 30.000 comunistas masacrados en París por Thiers; 16.000 rebeldes ametrallados en Kronstadt por Trotzky! La idea de la Comuna, que los asesinos no han podido matar, es la nuestra, la de todos los proletarios, la idea del anarquismo mundial.

¡Salud a los caídos por la Comuna! La humanidad y la historia les harán justicia un día como la hacemos ya nosotros.

Cuando más tenebrosa se nos presenta la realidad cotidiana, más volvemos los ojos al ejemplo de los aniversarios de las grandes rebeliones, más afirmamos nuestra solidaridad con aquellos que nos precedieron en la dura lucha por una nueva humanidad.

E. LOPEZ ARANGO

## ANARQUISMO Y COMUNISMO

Para los comunistas anárquicos la división entre las palabras comunismo y anarquismo no existe. Sin embargo, no siempre corresponde la denominación de las teorías, máxime si a fuerza de sistematizarlas se olvida una parte de su esencia, al contenido que quieren expresar sus fórmulas exteriores o que se supone reside en las premisas de un programa.

No todos los anarquistas son comunistas — y no pocos, creyendo serlo, propagan teorías que niegan los fundamentos económico-sociales del comunismo —, de la misma manera que no deben confundirse las tendencias autoritarias que invocan ese nombre con la verdadera idea de la comunidad, que para ser tal debe inspirarse en principios de libertad y justicia. El anarquismo es una concepción moral, en oposición a los dogmas consagrados y a los prejuicios hechos ley o costumbre. El comunismo es la utopía social, el hecho económico aun no realizado, el medio de convivencia que, si tienen algunos antecedentes históricos en las ciudades libres de la Edad Media y en las primitivas comunidades religiosas, no puede sin embargo ser definido ni con las muertas experiencias del pasado ni con las demasiado agobiadoras realidades del presente.

Si el anarquista es un inadaptado, un descontento instintivo, un hombre que lucha contra la opresión circundante y combate la tiranía ambiente, para que esas cualidades negativas tengan algún valor es necesario que al mismo tiempo plantee, aunque más no sea en teoría, la solución del problema social. He ahí, pues, donde la teoría económica del comunismo se convierte en el objetivo substancial del anarquismo, porque fuera de la sociedad no hay soluciones revolucionarias, justas y equitativas, para la vida del hombre que aspira a ser un igual entre iguales.

Cabe, pues, que definamos el valor o los valores diferenciales de dos palabras que, unidas, representan una tendencia político-económica en pugna con los principios aceptados por todos los defensores del orden actual. Y nos interesa en particular la definición del comunismo, como base económica de la ideología anarquista, ya que las influencias autoritarias y capitalistas contribuyen hoy a alejarnos de la idea básica de la libertad, de la justicia y del derecho, que sólo podrá ser efectiva en una comunidad de hombres que sepan practicar el apoyo mutuo.

mente ligada a las corrientes liberales del siglo pasado, y el hecho económico que expresa la concepción comunista, se manifiestan no pocos antagonismos de doctrina y de táctica. Desde el individualista adverso a cualquier forma de organización al adepto de la fórmula industrial, hay una variedad creciente de tendencias, escuelas y capillas.

No nos detendremos a enumerar las diferentes corrientes que contribuyen en una u otra forma a crear el caudal ideológico del anarquismo. Lo que nos interesa por ahora es definir la justa equivalencia de dos conceptos que, separados, sirven de denominativo a las tendencias sociales más contradictorias y se prestan a toda clase de confusiones.

El comunismo anárquico, para la mayoría de los que actúan al margen o por encima de la lucha de intereses económicos, entraña un principio de imposición por el hecho de esbozar un programa de futuro. Pero para los partidarios del sindicalismo posibilista la tesis comunista, como resultancia de la evolución social, está subordinada al proceso capitalista y en consecuencia sigue el ritmo histórico señalado por los teóricos del materialismo.

Los que, siguiendo las huellas de Marx, aplican las teorías materialistas — estrechas y rígidas en su pretendido cientifismo histórico — al movimiento de la clase trabajadora, se olvidan de las fuentes del comunismo. Se basan en el hecho de que los problemas sociales están sujetos al imperativo de la lucha de clases, esto es, al antagonismo de los intereses económicos, y, en consecuencia, corresponde a los trabajadores obrar como componentes de una clase específica y dirigir todos sus esfuerzos a la conquista de los medios de producción, distribución y consumo. ¿No está en esa tesis implícitamente reconocida la razón de ser del capitalismo? Propender a la conquista de las instituciones capitalistas, reconociendo la existencia del Estado o empeñándose en ignorarla, no significa un propósito de destrucción: por el contrario, se adelanta el deseo de conservar esas instituciones en la esperanza de que, bajo una nueva dirección, sirvan a los intereses de la clase trabajadora después de la derrota de la burguesía.

Cabe, pues, que formulemos esta pregunta: ¿Qué valor puede tener la conquista del poder económico por o para la clase trabajadora, si, circunscripto al cambio de directores, técnicos y administradores del trabajo y de la economía, persisten las causas del sometimiento del asalariado, la in-

Entre la teoría política del anarquismo, fuerte-

capacidad de la mayoría para la auto-producción y auto gobierno, la dependencia de hecho de las grandes masas a sus jefes y guías? De una restauración capitalista mediante el cambio de gobernantes, sale siempre fortalecido el capitalismo.

Debido a la preponderancia de los factores materiales — a la subordinación del individuo a las llamadas necesidades sociales, que regulan las potencias políticas y financieras — de la ciudad han desaparecido completamente los fundamentos éticos del comunismo. La comuna no puede tener un equivalente en los emporios capitalistas — en las modernas citys del parasitismo burocrático, de los mercaderes y politicantes —, porque toda posibilidad de colaboración desaparece bajo el peso aplastador del Estado y del capitalismo. El obrero es un simple accesorio de la máquina económica y sus ideas, sus aptitudes y su voluntad se mecanizan con la disciplina del trabajo impersonal. De ahí que llegue a suponer que la vida humana depende de sus labores, no importa que sean de carácter nocivo o completamente superfluas, concediendo escasa importancia a las tareas agrícolas.

Si el problema actual, para los obreros de la industria, consiste en aumentar la capacidad del capitalismo en esa fase de la producción, ¿en qué condiciones estarán mañana para suprimir las industrias no útiles, la burocracia y el parasitismo que exigen tanto el aparato estatal como la administración y la dirección técnica de las grandes empresas? ¿Cómo harán frente al problema que significa desmontar la máquina del Estado político, substituyendo sus engranajes con los complicados resortes de la economía capitalista?

Para los pregoneros del comunismo industrial — que como vemos es una negación del comunismo —, no tiene importancia ese problema post-revolucionario. Dentro de su fórmula ("crear la sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja") pretenden encerrar todas las contingencias posteriores a la revolución, precisamente porque aceptan la posibilidad de un gobierno de la economía después del triunfo de los trabajadores y de la caída del poder burgués. Pero el Estado económico, que es en resumidas cuentas una supervivencia del capitalismo, aun cuando cambie el orden de las clases en el usufructo del poder y de las riquezas, ¿no necesitará de un aparato gubernamental, de leyes y ordenanzas para regirse y de ejércitos y policías para mantener su equilibrio? La conservación de la organización industrial arrebatada al capitalismo obligará a los trabajadores a conservar el resto del aparato político y judicial: el Estado.

Hay, pues, un error fundamental en ese pseudo anarquismo industrialista: es la tendencia llamada reconstructiva porque aboga por la organización del trabajo siguiendo el curso del proceso de centralización industrial y que hace depender el futuro de la humanidad de las aptitudes del obrero para transformarse en la clase dirigente. Y ese error aleja a los pueblos de las fuentes más puras de la revolución, que no tiene contenido

espiritual en las ciudades invadidas por la fiebre capitalista y por la pasión autoritaria.

Para retornar a las fuentes del comunismo, sin el cual no es posible concretar en una realización social las ideas anarquistas, es imprescindible combatir toda tendencia encaminada a conservar el régimen capitalista después de la revolución. En consecuencia debemos buscar en el comunismo, esto es, en la raíz de las sociedades humanas, las demostraciones históricas que prueban la posibilidad de la vida social prescindiendo del capitalismo y del Estado.

En la comuna está el fundamento de las teorías anarquistas, porque la concepción libertaria no tendría una verdadera base revolucionaria si eludiera la solución del problema económico en beneficio de todos los seres humanos.

Para los anarquistas no puede depender el hecho revolucionario del fortalecimiento del Estado. La mentalidad ciudadana, tanto por los hábitos políticos como por la prevalencia de las necesidades creadas por el régimen industrial, es refractaria a la idea del comunismo. Por eso los políticos socialistas subordinan la concepción comunista al imperativo de las necesidades que suponen están determinadas por el fatalismo histórico... que es la base "científica" de las teorías económicas de Marx.

El anarquismo, idea de libertad y justicia, tiene en la comuna su base económica. Hoy resulta un tanto difícil concebir el valor de este principio. El proletariado industrial, movido por necesidades perentorias, hecho a imagen y semejanza de la sociedad que lo esclaviza, ignora el trabajo verdaderamente creador y útil; vive desarraigado de la tierra, fuente de todas las riquezas. La ciudad está en permanente litigio con la campaña, a la que domina con el poder de sus finanzas, con la potencia de sus máquinas, con el arma política que forja las más odiosas tiranías y las mentiras más engañosas.

No es posible defender la integridad de las ideas anarquistas eludiendo la solución del problema campesino, que es la raíz histórica de la comuna libre. El comunismo tiene su base en el campo, en el trabajo fecundo de las comunidades campesinas, en el retorno a la vida sencilla en contacto con la Naturaleza, depurada de los errores pretéritos y de las desviaciones y extravíos generados por el egoísmo y la maldad del hombre civilizado...

La simplificación de la vida traerá como consecuencia el derrumbe del sistema capitalista. El trabajo tendrá una verdadera utilidad, para la satisfacción de las necesidades fisiológicas, y la ciencia redimirá al hombre del pecado capital: la explotación. ¿Podrá el proletariado llegar a vencer las preocupaciones que hoy esterilizan sus mejores energías y libertarse de la cadena que lo ata al régimen social que cree combatir y demoler imitando a sus enemigos?

He aquí una respuesta que en vano buscaríamos en los hechos que sirven para explicar el creciente

ELISEO RECLUS

## LAS IDEAS Y LOS HECHOS EN LA COMUNA

...Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Comuna de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los prusianos podrían apoderarse al entrar en París; pero eso fueron simples detalles. Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*. Las condiciones de supremo peligro en que a la razón se hallaba París eran a propósito para elevar los corazones; triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatriotas, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, a pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto. Todos los que aclamaban la Comuna, viejos revolucionarios o jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados a la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolución viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido. Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte a móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente a los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia; también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas o de algunos meses, la inevitable derrota.

Condenados de antemano a una implacable represión, los hombres de la Comuna hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes e incomparables ejemplos, para

avance de las ideas autoritarias y la desviación del movimiento revolucionario por el predominio de las preocupaciones materialistas en los sectores del proletariado influenciados por los teóricos del social-estatismo y del pseudo comunismo industrialista.

plantear, para más allá de revoluciones y contra-revoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; mas para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía a accesos de romanticismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método a la destrucción de todas las instituciones del Estado y a la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos. En resumen, la obra del gobierno de la Comuna fué mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto a sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa; combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el gobierno de la Comuna, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituido el poder, consistía precisamente en ser un gobierno y en reemplazar e imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas. El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó a considerarse como el representante de todo el Estado francés, de toda la república, y no sólo de la Comuna o división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar a una libre asociación a otras comunas, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado a entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía; salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya a otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su boca cuando publicó el decreto que abolió el servicio militar, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario a los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era ya eso como un principio de sociedad comunista?

En París se vió por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando

en sus monumentos las señales marcadas con sus obuses. Los alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villaneuve-Saint-Georges, y no se odiaba a aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados. El mundo que tenía fijadas sus miradas en París, vió con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por la Internacional, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugénio Pelletan (en "La Presse") y Courbet, habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendome, el pueblo de París lo quería efectuar a la presencia misma de aquellos a quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente a los que acababan de vencerles a su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales a los hermanos a quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execración contra los amos y los reyes que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la Comuna de París no tuviera más que ese hecho en su activo, merece ser colo-



### LA COLUMNA DE VENDOME DERRIBADA

cada muy alto en la evolución de las edades contemporáneas.

Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con la antigua política, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento universal de horror y de reprobación. Los miembros de la Comuna comenzaron por limitar su sueldo a lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con los compañeros de trabajo, dejando a sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos y ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar a sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite a todo militar arrogarse

el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Comuna respondió por un decreto "sobre los rehenes", que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunistas continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la "semana sangrienta", en las calles y en las casas, y por fin pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente; en tanto que los socialistas de París, respetuosos con la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa a las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del "orden", uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse después cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte a todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; a los ancianos, porque habían obedecido a sus convicciones, a los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Comuna, fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar a los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, a sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar a resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto a las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Si le había herido en la cabeza!

Pero "nada se pierde", y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin la "hidra socialista", los acontecimientos de la Comuna, aumentados por el eco, se propagaron a lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia proclamando la fraternidad de los hombres, tomó, proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el sólo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas

cas de su medio. De todas partes acuden las mariposas a aquel foco de luz, a riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia el centro natural de la cuenca del Sena es como un símbolo que lleva a los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen a París como cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio o para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior a otras aglomeraciones urbanas donde se crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones...

Algunos días antes de la Comuna, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba a sus cortesanos con ademán desdenoso diciendo: "la bestia está muerta". Y quizás nunca fué la acción revolucionaria de París tan poderosa en la historia de la evolución general. A partir del momento de la proclamación de la Comuna y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico. España, especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fué profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la república española (1873), el movimiento general que se produjo en la mayor parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunista. El principio de Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar a punto de triunfar: llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al poder a un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pi y Margall, uno de los pocos hombres a quienes el ejercicio de la autoridad no pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado a ser demasiado poderosa para que soltara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron a ese juego para afirmar la dominación del sable, y el día 3 de enero de 1874, un general, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del congreso, obligando a los diputados a retirarse. Así se instalan las monarquías.

No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad

de Cartagena, se defendía aun valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que le rodea y por los barcos de guerra de que se había apoderado. Representada por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios de la época, el municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad y de fraternidad entre ciudadanos y atacó con mayor franqueza los problemas sociales: durante mucho tiempo los proletarios cartageneros recordaron sus dichosos días de trabajo y de bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (12 de julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota; con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo, con ellos libraron un combate naval contra los buques del "orden" y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado "Numancia" para entregar a las autoridades francesas de Orán (12 de enero de 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado...

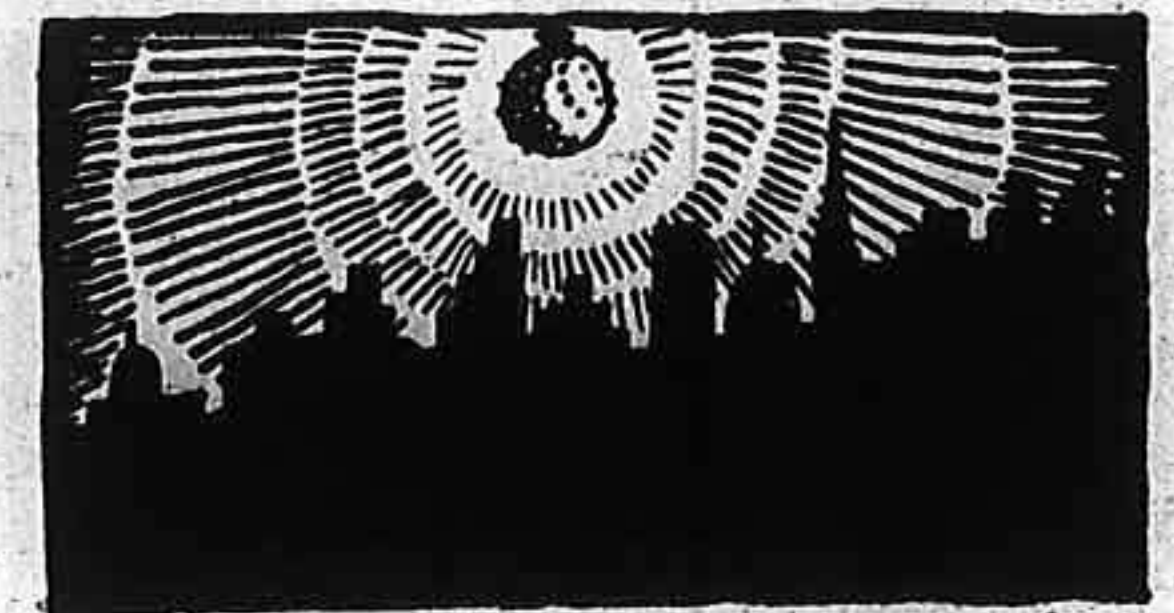
—(o)—

## Aclaración

Para satisfacción de los camaradas que han tomado parte en la Encuesta ed los "Iconoclastas", de Steubenville, Ohio, hacemos constar que hay un error en el sumario de los colaboradores de la Encuesta.

Dicho error consiste en la omisión involuntaria de 6 camaradas de los que han participado con sus valiosas colaboraciones en nuestra Encuesta. Palmiro de Lidia: se publicó su respuesta en el N.º 235 del SUPLEMENTO, del 9 de agosto de 1926; Gabriel Biagiotti en el 239, del 20 de septiembre. F. Caro Crespo: N.º 251, del 29 de noviembre de 1926. J. Rodríguez Aragón, en el diario del 17 de julio de 1927. Antonia Maymón, en el diario del 13 de febrero de 1927.

Pedimos mil perdones a los camaradas y amigos, por esta falta cometida involuntariamente. Por los "Iconoclastas", R. Lone. Steubenville, Ohio.



LUIGI FABBRI

## LAS TENDENCIAS ANARQUISTAS EN LA REFORMA Y EN LA REVOLUCION FRANCESA

El gran movimiento de la Reforma religiosa, que surgía en Alemania cuando declinaba en los países latinos el Renacimiento, fué considerado por algunos como un movimiento de reacción contra el libertinismo del Renacimiento mismo.

En parte eso es verdad, y es verdad además que a consecuencia de la Reforma, en su consolidación oficial como religión dominante en los países nordeuropeos, significó una restricción del espíritu humano, que bajo el soplo del Renacimiento se había expandido, aunque sólo fuese en pequeñas minorías, más allá de todo límite y de toda autoridad. No obstante marcó un progreso en el mundo espiritual, en el régimen de la autocracia papal. La iglesia protestante continúa siendo una tiranía espiritual, pero lo es en menor medida que la Católica. La Reforma reaccionó así contra el escepticismo disolvente y contra la corrupción de las costumbres, que las clases dirigentes y eclesiásticas habían acentuado a través del Renacimiento, por la indulgencia amoralista de este y por haber éste aflojado los frenos de la antigua fe sin crear otra; pero tal reacción había derivado del mismo Renacimiento el mismo espíritu de crítica y de rebelión.

El hecho de haber sido además la Reforma una rebelión material de grandes masas, y no simplemente de una minoría intelectual, hasta incluso una revolución de amplia orientación social en relación con su tiempo, y el haber arrastrado esa revolución a todas las clases sociales y a pueblos enteros, le da un carácter de mayor conquista duradera y estable, un carácter de innegable superioridad. La intervención del pueblo no carece nunca de frutos de progreso en los movimientos sociales; y aun cuando éstos puedan luego levantarse contra sus intereses, al comienzo tienen siempre un espíritu revolucionario tal como para determinar en cada caso un camino hacia adelante, que el retroceso sucesivo no consigue nunca anular del todo.

La Reforma en sí era en verdad una rebelión, aunque en el terreno religioso solamente; la rebelión del libre examen. Pero esa rebelión no podía ser contenida de un modo exclusivo en el sólo terreno en que había estallado; es decir, debía tener extravíos, "exageraciones", aunque limitadas, pero arrojando siempre en torno a ellas otras semillas de rebeliones futuras en otros campos. Aun cuando estalló también como reacción contra el sensualismo y el paganismo que había penetra-

do en aquel tiempo al catolicismo, la Reforma debía fructificar el progreso humano, en cuanto el libre examen no se habría detenido en las cuestiones religiosas, sino que habría acabado por atacar la religión en sí y luego todos los otros principios autoritarios políticos y morales. En este sentido la reforma fué una revolución de progreso, a pesar de que su espíritu inicial fuese en sustancia una reacción de carácter religioso. Por otra parte, el hecho de haber disminuído tanto la autoridad de los papas de Roma, de haber dado un golpe tan grande a la institución que personificaba entonces tan sintéticamente el principio de autoridad del hombre sobre el hombre, no es ciertamente como para pasarlo por alto.

Habría que discutir si entre el materialismo brutal y sin escrúpulos de los feroces dominadores de Roma y de los crueles principios del Renacimiento, y la fe aunque sea violenta pero no vulgar de los reformadores, hay que preferir esta última como índice de una mayor elevación moral, no importa si fué menos intelectual. Nosotros, se entiende, preferimos a los hombres que tienen fe en sí, en la humanidad y en un ideal humano, a los que tienen una fe ultraterrena; pero a estos no nos parece que haya que preferir los hombres sin fe, los que no ven más allá de la hora que pasa y del propio interés egoísta.

Sin embargo, en la reforma, lo que de ésta ha triunfado no es lo que más nos interesa. Vuelta muy pronto conservadora y después reaccionaria, la Reforma tuvo y tiene un aspecto simpático, menos para los pueblos en que ha triunfado que entre aquellos en que no echó pie, — y es natural: nosotros, que sufrimos más por la triste influencia de la religión católica, estamos menos dispuestos a odiar las religiones que más lejanas están de nosotros.

Incluso en la gran revolución religiosa de la Reforma descubrimos, en su vanguardia y en las tendencias profundas de las masas que la Reforma ha puesto en movimiento, evidentes tendencias anarquistas.

Con esto no nos referimos de ningún modo a las religiones positivas, que con tal nombre se han afirmado y se han establecido, sino al movimiento popular que caracterizó a la Reforma, a aquel tanto de rebelión contra las autoridades morales y materiales que contiene, y sobre todo a sus

corrientes extremas, que sobrepasaron los límites de la pura cuestión religiosa y engendraron verdaderos movimientos revolucionarios con fuerte orientación libertaria. Estas corrientes extremas hallaron el peor enemigo en las iglesias reformadas oficiales; las cuales adoptaban todos los medios de persecución, los estragos en masa y las hogueras y los asesinatos, para sofocar los heréticos rebeldes. Entonces las iglesias protestantes se convirtieron en una fuerza decididamente conservadora y reaccionaria, incluso en los hechos, como lo eran en parte y bajo ciertos aspectos en el espíritu animador desde el comienzo.

La lucha duró afortunadamente bastante para dejar en la historia un surco luminoso. Al grito de guerra contra el papa, los campesinos de Alemania respondieron levantándose contra los propios tiranos directos. "Los campesinos alemanes — dice Miguel Bakunin — se levantarán al grito formidable, al grito socialista: Guerra a los castillos. paz a las chozas".

Vencidos por la coalición armada de los príncipes y los señores, que eran incitados por Lutero a la represión, después de ocho años se levantaron de nuevo en Westfalia, en Munster, y entonces la insurrección tuvo un carácter más avanzado todavía, comunista con tendencias libertarias.

"En 1533 — narra Eliseo Reclus — la ciudad de Munster se convirtió en una comuna en que todas las viejas leyes fueron abolidas. El oro, las joyas y hasta las ricas telas fueron entregados al tesoro común. Las casas de los burgueses y de los nobles fugitivos se convirtieron en vivienda de los ciudadanos pobres, mientras los extranjeros que acudían para disfrutar de tan bella igualdad en la ciudad libre, habían elegido por morada las iglesias. Cada cual continuaba trabajando en lo que más podía, y recibía para tal fin las materias primas. Las comidas eran públicas y cada cual debía procurar no exceder el límite de las propias necesidades." (*El Hombre y la Tierra*, vol II).

También Kropotkin (*La Ciencia Moderna y el Anarquismo*) notaba en los anabaptistas de 1533 precursores del anarquismo. Por lo demás, ellos se religaban, a un siglo de distancia, a otro gran reformador de Inglaterra, Wicleff, el cual llevaba su lógica hasta "tocar el anarquismo individualista absoluto" (Ernest Nys, citado por Reclus), como también a Johann Huss y a los insurrectos hussitas de Bohemia de 1414 y siguientes, los últimos de los cuales, en su furor iconoclasta, habían quemado más de quinientas iglesias y conventos.

La reacción que sucedió al Renacimiento y a la Reforma — reacción que culminó en la obra de la Compañía de Jesús y en su triunfo con el Concilio de Trento, entre los pueblos que habían permanecido católicos, y proseguida entre los pueblos protestantes por las iglesias reformadas oficiales — a las que correspondió una decadencia

general moral e intelectual, no sólo en el arte y en la literatura, no pudo impedir que el pensamiento, vuelto a despertar a nueva vida por aquellos dos movimientos, prosiguiese elaborándose en el secreto de las conciencias, a través de las persecuciones, las torturas y las hogueras, o en la mente de cautos y también audaces pensadores aislados. Después de Servet, Bruno, Campanella, Vanini, etc. se tuvieron, a intervalos no largos de tiempo Cartesio, Vico, Spinoza, Galileo. Y a poco más de un siglo de distancia del triunfo de la reacción en torno al 600, en el seno del siglo XVIII el fermento volvió a comenzar, con un movimiento general de la opinión pública contra los jesuitas, seguido de tentativas, tímidas, es verdad, pero sin embargo sintomáticas de reforma en el terreno político, especialmente en Italia, Austria, Portugal, etc.

La filosofía se volvió cada vez más audaz, y no tardó mucho en determinarse aquel nuevo movimiento intelectual que tomó el nombre de Enciclopedia. De ahí a la revolución francesa el paso fué breve. Todos los viejos dogmas, todas las supersticiones, todas las antiguas concepciones morales, políticas y económicas fueron puestas otra vez en discusión, especialmente en Francia, pero en parte también en Italia y en Alemania. Mientras tanto, las plebes no eran ya demasiado mansas ante sus dominadores; en los campos franceses volvieron a comenzar las sublevaciones parciales contra los señores que repitieron localmente las antiguas jacqueries y los motines de los campesinos alemanes de memoria más reciente, menos determinados en sus fines, pero más despojados que aquellos del antiguo misticismo.

En algunos enciclopedistas, y especialmente en Diderot, había ya en germen la crítica libertaria, no sólo a las religiones, sino también a la autoridad del Estado, a la constitución de la familia, a la propiedad. Y cuando estalló la revolución de 1789, el terreno estaba ya preparado para una verdadera y propia renovación del mundo, en el campo intelectual como en las condiciones de hecho políticas y económicas. Aquel que más tarde debía llegar a ser el girondino reaccionario Brissot, proclamaba que la "propiedad es un robo" — como se ve, mucho antes que el mismo Proudhon. En la lucha entre las fuerzas conservadoras y las revolucionarias, la monarquía se precipitó bajo los golpes de éstas y fué abandonada por aquellas como peligrosa y embarazosa.

Sería superfluo extendernos demasiado sobre la revolución francesa, después que Kropotkin lo ha hecho tan lucida y completamente en su obra admirable "La Gran Revolución", que completa y corrige todo lo que se había escrito anteriormente sobre aquel importante acontecimiento. En aquel libro se estudian especialmente los orígenes, y las bases proletarias de la revolución francesa; contiene toda la demostración que deberíamos hacer nosotros aquí; es decir que fué desde 1789 a 1794 en todos los movimientos populares una tendencia fuertemente socialista y antiautoritaria, que sólo a reacción girondina antes, la robespie-

rrista después, y la termidoriana por fin, han podido aplastar, preparando así el triunfo definitivo y el dominio político y económico de la burguesía.

La declaración de los derechos del hombre, especialmente como se revisó y proclamó de nuevo en 1793, por lo que se refiere a los principios — y no a las indicaciones de aplicación práctica que la restringen — era tal que, llevada a sus últimas consecuencias, tendría por resultado la negación de toda autoridad. Tanto es así que aquella declaración, con todos sus defectos y consecuencias, no ha sido aceptada y respetada nunca por los capitostes principales de ningún gobierno, ni siquiera de los gobiernos más revolucionarios — comenzando por el que la proclamó. Pero respondía, y esto es lo importante para nosotros, a una tendencia viva del pueblo francés — que debía ser aun más radical y avanzada, si se piensa que todo gobierno al sancionar un derecho tiende siempre a limitarlo y disminuirlo.

Pero independientemente de las afirmaciones de principio surgidas de los organismos y órganos oficiales de la revolución, e independientemente de los principios que triunfaron en ella — no importa que el triunfo haya sido solo formal — con el consentimiento de las mayorías, cuando hay que buscar el engranaje de la revolución francesa y los progresos sucesivos de las aspiraciones populares, se vuelve más característicamente al seno de las minorías ultrarrevolucionarias, que entonces resultaron derrotadas: entre los herbertistas, entre los oscuros revolucionarios de la Comuna de 1793, entre los "Iguales" de 1796, entre los "bandidos" y los "anarquistas" de las comunas rurales y de los suburbios de París y de Lyon, contra los que tanto se encarnizan los girondinos primero y los jacobinos después, una vez explotada su energía insurreccional. Fueron aquellos pioneros, desconocidos o calumniados, que acabaron en el patíbulo o en las contiendas, algunos, y los otros aplastados por las olas reaccionarias sucesivas, los que comenzaron la demolición del principio de autoridad, los que plantearon el problema del bienestar y de la libertad para todos, que más tarde el anarquismo se propuso resolver con reivindicaciones definidas de destrucción y de reconstrucción.

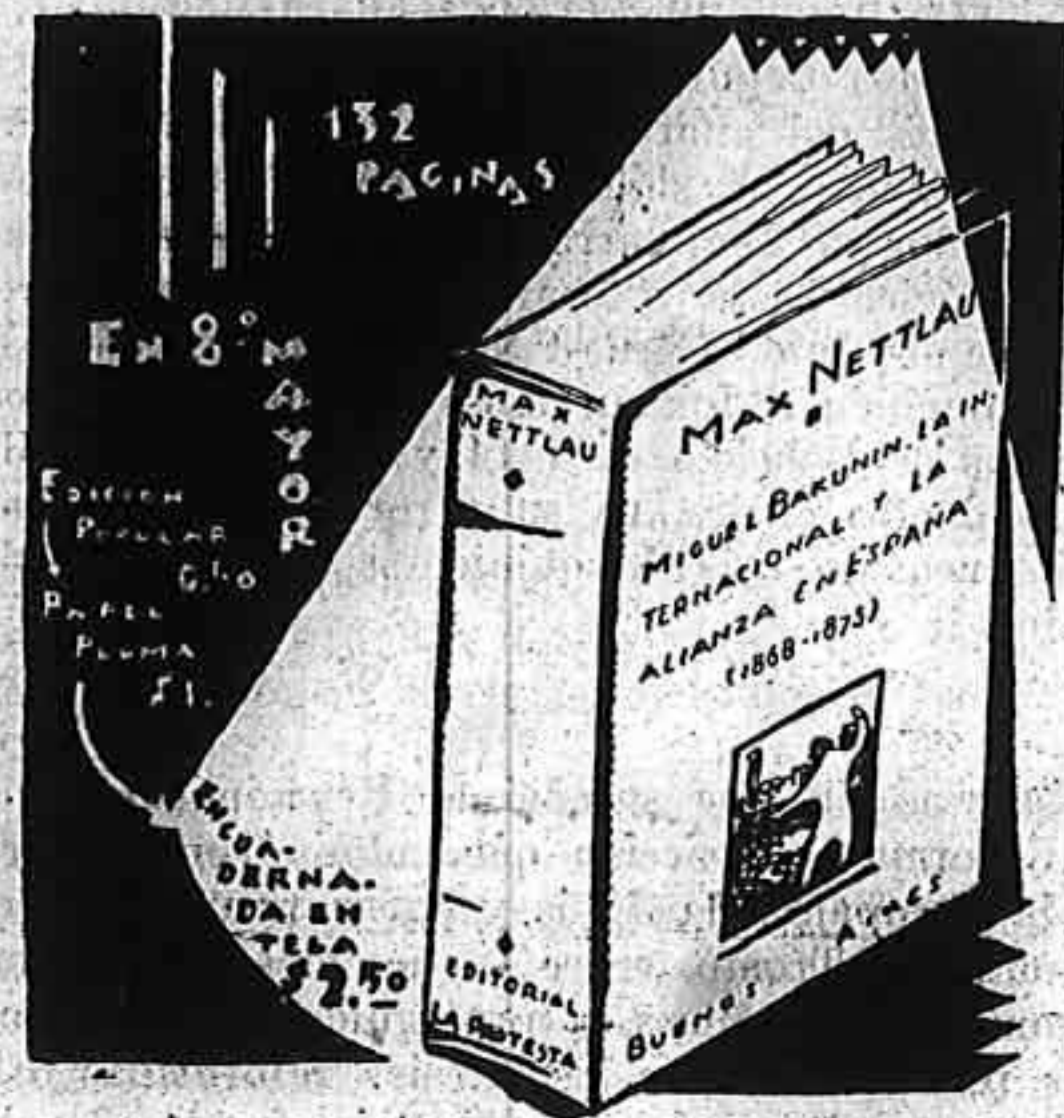
Debían proseguir la obra comenzada, a consecuencia de las revoluciones de 1830, de 1848 y de 1871, y más recientemente de la rusa de 1917, a través de sus mismos errores y sus derrotas, mientras el pensamiento progresaba de Babeuf a Fourier, de Fourier a Proudhon de Proudhon a Bakunin, de Bakunin a Kropotkin en una sucesiva elaboración de ideas que los hechos venían poco a poco rectificando y que la primera Internacional sistematizó en un conjunto orgánico de teorías y de métodos de que el anarquismo debía tomar el desarrollo sucesivo a fin del siglo XIX y a principio del XX hasta hoy.

Los grandes trastornos de la post-guerra, la revolución transitoria socialdemocrática de 1919 y más aun la revolución bolchevista de 1917,

mientras por un lado dieron la prueba experimental otra vez de la exactitud de la crítica anarquista a todas las soluciones autoritarias de la revolución, por otro lado señalaron la anarquía — no sólo como principio directivo para las realizaciones futuras sino también y sobre todo como orientación práctica libertaria de toda preparación y realización revolucionaria — la palabra de orden más justa y menos falaz del progreso de mañana. Una vez más la bandera de la revolución ha pasado de los triunfadores del momento a las minorías revolucionarias y libertarias derrotadas, que son las que podrán asegurarle la victoria real y definitiva.

En la historia de los hombres como en la de las transformaciones de la materia en la naturaleza, no hay nunca un principio y un fin. Todo período, todo hecho, toda idea se enlaza a una idea, a un hecho, a un período precedente. Toda revolución contiene el germen de una revolución sucesiva: sofocado en una, madura y se elabora para triunfar en la otra, o, por lo menos, para afirmarse de nuevo con mayor fuerza y mayores probabilidades de victoria. El principio de justicia y de libertad da un paso adelante siempre hacia su realización, tanto más fragorosamente cuanto más se ha creído sofocarlo para siempre con la fuerza.

La anarquía — que es la expresión más alta y al mismo tiempo más concreta y realista de esa voluntad humana de justicia y de libertad para todos — es el ideal que contiene, en el actual período histórico, las razones del progreso humano y de la revolución proletaria al mismo tiempo. Marca la vía de la humanidad en su incesante devenir, en su camino sin fin y sin límite hacia lo mejor.



MAX NETTLAU:

## Sobre la "Nueva Utopía" de Ricardo Mella

Raramente la vida agitada, absorbida y estu-  
diosa de nuestros militantes, les ha dejado la in-  
clinación o el tiempo para dar al conjunto de sus  
ideas esa forma plástica que se llama una utopía,  
un vistazo hacia lo que podría crear una huma-  
nidad libre, con tal de que quisiera solamente  
despertar su fuerza latente y desembarazarse de  
los obstáculos que algunos parásitos le imponen,  
esfuerzo que para una humanidad consciente y  
verdaderamente determinada a la acción no se-  
ría más difícil que desgarrar las telas de arañas;  
pero vacila siempre y el trabajo incesante de los  
militantes es indispensable y les deja demasiadas  
preocupaciones como para dedicarse a componer  
esas utopías.

Sin embargo, en uno de esas dos grandes cer-  
támenes socialistas que han conservado tanto del  
espíritu y de las ideas que animaban a la Inter-  
nacional y a la Federación de Trabajadores en  
España, organizaciones de los años 1868 a 1888,  
en el que tuvo lugar el 11 de noviembre de 1889  
en Barcelona, uno de los asuntos propuestos fué  
la sociedad del porvenir y hubo dos trabajos, *La  
Nueva Utopía*, por Ricardo Mella (Segundo Cer-  
tamen Socialista, Barcelona, 1890, págs. 201-227),  
y *El Siglo de Oro*, por M. Burgues, Sabadell,  
(págs. 229-237); este último es un pequeño relato  
sacado de la vida amorosa de los tiempos futu-  
ros, cuando una mentalidad serena y la comodi-  
dad general hayan suavizado los conflictos vio-  
lentos de las pasiones y de los intereses que ator-  
mentan y a menudo arruinan y matan a los aman-  
tes de nuestros días.

*La Nueva Utopía* de Mella es un foco donde  
convergen y se nos aparecen en visión brillante,  
los resultados lógicos de todos los pensamientos  
en la obra teórica y propagandista de Mella, y  
el estudio de esta obra, reunida en sus *Obras com-  
pletas* — el primer volumen, *Ideario*, apareció en  
Gijón, en 1926, 335 págs., y otros cinco volúme-  
nes están en preparación — será tan atractivo,  
intelectualmente, para los lectores de la *Nueva  
Utopía* como la lectura de esta última les agrada-  
rá estéticamente. Para mí al menos, es un cuadro  
verdaderamente encantador de lo que podrá pro-  
ducir el esfuerzo libre, reforzado (no limitado)  
por la solidaridad y la reciprocidad. El trabajo  
aislado no podría producir más que lo primitivo;  
el trabajo llamado colectivo, pero que cooperaría  
al gran azar, no produciría probablemente más  
que lo incoherente; el trabajo forzado produce el  
lujo para algunos y las chozas para todos los de-  
más, pero el trabajo libre, colectivo y recono-  
cedor de la solidaridad y de la reciprocidad, podrá  
construir y mantener las ciudades en país libre  
tales como Mella lo entrevió. Que otros obren de  
otra manera; están en su derecho, si no intervie-

nen en los asuntos ajenos, — pero para muchos  
de entre nosotros la utopía de Mella será bastan-  
te buena y su punto de vista vale la pena de ser  
examinado de más cerca.

Para mostrar la importancia que las ideas de  
Mella habrían podido tener para el movimiento  
anarquista internacional, si hubiesen sido propia-  
mente conocidas fuera de su país, transcribiré  
ante todo algunos extractos de sus escritos:

... "La base principal del colectivismo anar-  
quista es el principio del contrato para regular  
la producción y la distribución. Los colectivistas  
sostienen la necesidad de organizar, mediante pactos  
libres, grandes federaciones de producción; de  
tal modo que ni ésta ni la distribución marchen  
o se libren al azar, sino que sean el resultado de  
la combinación de las fuerzas y de las indicacio-  
nes de la estadística. No acepta el principio comu-  
nista de distribución "a cada uno según sus  
necesidades", y si bien al comienzo afirmaba el  
lema "a cada uno según sus obras", actualmente  
se contenta con establecer que tanto los indivi-  
duos como los grupos resolverán el problema de  
la distribución por medio de convenios, libremente  
consentidos, conforme a sus tendencias, necesi-  
dades y estado de desenvolvimiento social".

"En conclusión, el colectivismo anarquista aspi-  
ra a la organización espontánea de la sociedad  
mediante libres pactos, sin afirmar ni procedi-  
mientos ni una resultante obligada. En este sen-  
tido, la actual tendencia de los que se dicen anar-  
quistas sin adjetivo alguno es también una re-  
miniscencia del colectivismo".

(Mella se refiere aquí a "la anarquía sin adje-  
tivos" de que habla F. Tárrida del Mármol en  
"La teoría revolucionaria", pág. 89 del *Segundo  
Certamen*, fechada el 26 de octubre de 1889).

"El comunismo anarquista en España — con-  
tinúa Mella — difiere del colectivismo en la ne-  
gación, para ahora y para el porvenir, de toda  
organización. Extremando las conclusiones del  
comunismo de otros países, sin duda por el anta-  
gonismo colectivista, llega a la afirmación del in-  
dividualismo en absoluto. Especialmente en algu-  
nas ciudades de Andalucía y en ciertas de Cata-  
luña, son los comunistas por compuesto opuestos  
a toda acción concertada. Para ellos, en el porve-  
nir no habrá más que producir como se quiera y  
tomar del montón lo que se necesite, y piensan  
que en el presente todo acuerdo, toda alianza, es  
nociva".

"Realmente, esta especie de comunismo es re-  
sultado de una gran falta de estudio de la cues-  
tión, mezclada con buena dosis de dogmatismo  
doctrinal. Claro es que hay en España comunistas  
bien conscientes que no echan en olvido las difi-  
cultades y la importancia del problema de la dis-

tribución; pero con éstos, como con los colectivistas desapasionados, no hay lugar a polémica, porque concuerdan en muchos puntos de vista. Mas aparte de esto, puede decirse que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple, para que pueda ser presentado como concepción completa de la sociedad futura, porque tan pronto toca los linderos del anarquismo nietzscheano como se funde en el autoritarismo más pernicioso. De hecho, el comunismo y el colectivismo adolecen de los defectos que se derivan de toda polémica continuada: la exageración y el fanatismo "doctrinal".

"Quizá por la exageración metódica del colectivismo se produce en el comunismo la exageración atomística que reduce la vida social a la independencia absoluta del individuo y recíprocamente"... (Escrito en mayo de 1900 para el Congreso internacional que debía celebrarse en París en septiembre: *Ideario*, pág. 23-4).

En estas últimas observaciones Mella pone el dedo sobre lo que en España parece haber influenciado mucho la marcha de las ideas: algunas experiencias prácticas — complicación tal vez inevitable, pero que no implica una prueba sobre el valor de ideas generales. Sin duda la larga existencia clandestina de la Internacional (años 1874 al 1881) habían producido estabilizaciones, concentraciones de poderes, una rutina dictada por la prudencia, etc. que, en la Federación de Trabajadores de 1881, la gran organización pública, compuesta por los mismos hombres con el mismo objetivo, no han podido ser eliminadas de inmediato y que han creado desabotación entre los miembros, mucho más numerosos ahora, que aspiraban a una organización más elástica, a una vida más autónoma de los componentes, en una palabra a la sustitución de las secciones por los grupos; sin duda esas tendencias encontraban resistencias y hubo mala sangre. En esas condiciones los oponentes, buscando también el apoyo que dan las teorías, enarbolaron el comunismo anarquista — hasta entonces, a partir de 1880, sistemáticamente propagado en Francia y difundido por todas partes gracias al "*Révolte*" de Kropotkin — y dieron el primer asalto ya en septiembre de 1882, en el congreso de Sevilla, al cual asistió Mella. Desde entonces hubo una lucha encarnizada a la vez contra el método de organización de la Federación y contra las personas de sus consejos o comités, como contra la idea colectivista en favor del comunismo libertario. Es esa lucha la que produjo las exageraciones de que habla Mella e hizo que algunos echaran por la borda absolutamente todo lo que ligaba a algún lugar, a alguna obligación, a algún acuerdo, a la cooperación, al contrato, al arreglo concertado, y no reconocieron más que la autonomía absoluta, la espontaneidad, la falta de obligaciones, el contacto voluntario y efímero y en vida social la toma del montón en el presente como en el porvenir, sin preocupaciones pedantescas por una producción más o menos regulada.

Es en esa atmósfera de pasiones unilaterales desbordantes que Mella comenzó a militar con sus veinte años pasados, a partir de 1881 ó 1882 aproximadamente. En tanto que yo conozco su pasado, había vivido lejos de la vida interna y clandestina de la Internacional, en el ambiente de la juventud republicana federalista de Vigo, alimentado por los escritos de Pi y Margall y de Proudhon, más tarde de Herbert Spencer, pero conquistado

hacia 1881 ó 1882 para el socialismo más integral, que en lo sucesivo trató de penetrar de todas las ideas de libertad que había conocido por los autores mencionados y desarrolladas en él mismo por su razonamiento intrépido a sus conclusiones lógicas.

Eso fué hecho por él sobre la base del colectivismo anarquista de la Federación de Trabajadores que interpretó en su sentido más amplio; véase principalmente sus *Diferencias entre el comunismo (autoritario) y el colectivismo (Primer Certamen socialista, 1885, págs. 205-51)*; *Anarquía — su origen, progreso, evoluciones, definiciones e importancia actual y futura de este principio social (Segundo Certamen, 1890, págs. 54-72)*; *El colectivismo. Sus fundamentos científicos (id., pág. 309-327)*; *Organización, agitación, revolución (págs. 340-60)*.

La historia de los años 1882 a 1888 (segundo congreso de Valencia), todavía muy poco conocida para mí en sus detalles, concluyó en una victoria real. Barrió la Federación como organización sin duda un poco demasiado cerrada, pero dejó en su lugar grupos con una cohesión sin duda un poco mínima. Demolió el colectivismo un poco demasiado moderado y proclamó sus propias ideas en forma por demás simplista. Felizmente por algún tiempo aún, los camaradas del "*Productor*" de Barcelona (1887-1893) y de *Acracia* (1886-88), supieron mantener su equilibrio entre las dos tendencias; descalificaron el colectivismo incrustado como el comunismo incoherente, y presentaron ya sea el colectivismo rejuvenecido como Mella lo establece, ya el comunismo razonado de los escritos ingleses de Kropotkin, y llegaron a la solución eminentemente libertaria que Tárrida pronunció en 1889, la de abstenerse de querer juzgar de los arreglos futuros de los grupos del porvenir y declararse anarquistas pura y simplemente, sin adjetivos.

Ese punto de vista expuesto internacionalmente por Tárrida en las reuniones internacionales celebradas en París en septiembre de 1889; el manifiesto de Malatesta al volver de Buenos Aires y lanzar *L'associazione* en Niza, rechaza el exclusivismo, pero ningún otro, entonces, que yo sepa, profundizó estas cuestiones fuera de España. Hubo muchas polémicas agrídules en la *Revolte* (París); pero todos los anarquistas de entonces estaban infatuados de la idea que obtendrían una verdadera victoria si hacían caer una organización y abandonar la idea colectivista, poniendo una no-organización y una afirmación comunista en su lugar. Al destruirse mutuamente se creía abatir lo viejo y fundar lo nuevo, lo joven. Bien pronto siguió el período de los hechos individuales que puso a todo el movimiento en posición de defensiva, después sobrevino el sindicalismo que en suma, tal como se desarrolló, implica la separación de los obreros más conscientes del socialismo: pues teniendo el sindicalismo no creían tener necesidad de otra cosa. Impulso saludable y preciso de los obreros, pero que habría producido sus verdaderos frutos, si los amplios cuadros de la Internacional o de la Federación de los trabajadores, repletos de revolucionarios, hubiesen estado allí para recibir a esas masas decididas por fin a una actividad emancipadora. En lugar, pues, de reforzar el movimiento libertario que, en España y en otras partes, había hecho tanto para preparar ese despertar de los obreros conscientes, los

libertarios perdían aún muchos de los suyos absorbidos por el sindicalismo.

Mella recogió sus ideas para presentarlas al congreso que habría debido celebrarse en París en septiembre de 1900; dijo allí en un informe memorable traducido en francés entonces:

"...¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista o colectivista?"

"La sola enunciación de esas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribará el más leve soplo del porvenir cercano. Propagamos la libertad de hecho, la posibilidad de obrar libremente en todo tiempo y en todo lugar..."

"Nosotros, anarquistas, podremos decir entonces al pueblo: "Haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el uso de la riqueza como creas más conveniente; organiza la vida de la libertad como sepas y puedas". Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia del clima y la raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social, se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y también, a la larga, la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos por la experiencia parte, por lo menos, de lo que no lograremos con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles..."

"...Y lo que trato de probar es la contradicción en que se incurre cuando a la palabra anarquía se asocia un sistema cerrado, invariable, uniforme, sujeto a reglas predeterminadas.

"Podrá estar en el cerebro de todos nosotros este espíritu de amplia libertad, este criterio general que designo con el nombre de cooperación libre; pero los resultados prácticos demuestran que, más o menos, a las palabras comunismo, colectivismo, etc., se asocia la idea de un plan completo de convivencia social, fuera del que todo es erróneo.

"Nuestras luchas se derivan precisamente de esa asociación de ciertas ideas a ciertas palabras donde todo exclusivismo tiene su asiento. Y cuando a la propaganda se llevan particularismos de escuela, los resultados son fatales, porque en vez de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A o fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea".

Mella concluye, pues: "...De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general: el de la posesión común colectiva — ambos términos son para mí equivalentes — de la riqueza y que prácticamente este principio se traducirá en métodos todos de libre cooperación..."

"...Frente, pues, a la invariabilidad sistemática, frente a todos los exclusivismos de doctrina, creo haber establecido que el corolario de la anarquía es la cooperación libre, dentro de la que toda práctica de comunidad tiene espacio adecuado. Y pienso que bajo la denominación "*socialismo anarquista*" podemos y debemos agruparnos todos.

"...La afirmación del método de cooperación libre es generalmente anarquista y enseñará, a los que a nosotros vengan, que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anar-

quía no es una apariencia de la libertad, sino la libertad en acción".

Voltaire de Cleyre en su conferencia *Anarquismo*, pronunciada en Filadelfia en abril de 1901, profesó ideas parecidas y algún día yo reuniré algunas otras expresiones de opiniones contra el exclusivismo doctrinal que copié en la misma época. Porque algunos, aquí y allá, pensaban como Mella, pero la gran mayoría de los anarquistas pensó distintamente. En un prefacio a la traducción española de *La Ciencia Moderna y la Anarquía*, Mella ha escrito todavía algunas palabras críticas, depreciando la solución comunista anarquista como demasiado simple para poder concordar con la complicación extrema de la vida social. Dice aun que, si el anarquismo es la expresión sintética de toda la evolución social del pasado, del presente y del porvenir, no puede encerrarse en la monomanía de un procedimiento único. Al contrario, el anarquismo presupone la más grande variedad de los procedimientos, de las aplicaciones y de los resultados.

Para mí es una de las tragedias del anarquismo, que la voz de Mella no haya sido escuchada; porque veía justamente y comprendió bien que nadie puede prever la evolución de los innumerables factores que componen la vida social y menos aun imponerles una dirección única o inducir a los hombres a hacer eso. "El hecho de hallarse en presencia los unos de los otros, constituye por sí solo la sociedad, — escribe Mella —, pero no se hace efectiva mediante millares de millares de pequeños convenios para los que la libertad, toda la libertad, es necesaria al hombre. Tal es la razón fundamental de la anarquía. Libertad y solidaridad son su esencia..."

Son estas dos fuerzas y factores bienhechores, libertad y solidaridad, lo que se trata de desarrollar en los hombres en quíernes dormitan o se han despertado ya en grados infinitamente diversos. Es la interacción de todos esos sentimientos e impulsiones fuertes o débiles, muy desarrolladas o desviadas lo que deberá crear nuevas formas de vida social, cuando los hombres hayan sido bastante inteligentes para no trabajar para los parásitos y no dejarse domeñar más por los más malignos o los más brutales. Forzar a esa humanidad libertada en nuevas doctrinas uniformes sería querer continuar su servidumbre.

"La utopía de Mella levanta, pues, ante todo un amplio cuadro, en el cual esa vida real que nadie puede sentir, abarcar en sistema, va a expansionarse. Esa vida inaprehensible no será nunca estacionaria; dependerá en todas sus manifestaciones del grado de confianza que el libre juego de la libertad y de la solidaridad ha creado, teniendo por fin una reciprocidad tan equitativa como posible. Cuanto más se avance en confianza, más se podrá un aproximar, si se quiere, a una vida que no se cuenta ya o se cuenta lo menos posible, de una toma del montón comunista libre. Eso depende igualmente del grado de abundancia en cada dominio y esa abundancia depende tanto de las condiciones materiales (abundancia de materias primas, perfección del instrumental, buena o mala cosecha, etc.) como de la buena voluntad que se pone en la producción, etc. Todo eso forma pues un engranaje inevitable que la inteligencia humana comprenderá — después del aprendizaje y del estudio necesarios —, como el obrero comprende el engranaje de alguna máquina. Todo el mundo sabe que no hay diversos mo-

dos de hacer marchar una máquina, sino uno solo que es el bueno y que es preciso saberlo o ser bastante experto para encontrarlo. Lo mismo en la sociedad futura después de tanteos y de experimentaciones los caminos prácticos se establecerán y se modificarán según las exigencias. Se puede decir aun que, como hoy, algunos aislados podrán vivir al margen de la sociedad, pero éstos serán, como hoy, detalles sin importancia. Una técnica aplicada a la producción de lo necesario y de lo útil, de lo sano y de lo bello, para todos, sin las deducciones para los parásitos, con todo el mundo trabajando con ímpetu, buena voluntad y una inteligencia aumentada por la educación, hará encaminar la producción hacia la abundancia, y los buenos procedimientos mutuos, la reciprocidad harán crecer la confianza, y poco a poco la

vida se volverá más amplia, más libre para cada uno, la esfera del comunismo se ensanchará para él.

La utopía de Mella podrá ser una etapa hacia ese objetivo final y, por eso mismo, muy lejano; la confianza y la abundancia generales que entonces — si los hombres de ese tiempo lejano lo quieren — harían posible el comunismo libre general. Para llegar a eso harán falta con toda probabilidad cambios muy distintos todavía de la contienda de la más grande revolución social misma. Pero ante todo es preciso marchar en la mejor dirección y en líneas ampliamente desplegadas, no en la fila india de un sistema estrecho y único: eso es lo que la obra de Mella nos enseña sobre todo.

RUDOLF ROCKER:

## ¿Nos acerca la racionalización al socialismo?

¿Qué nociones tienen esos singulares socialistas propiamente del ideal de cultura del socialismo? ¿No equivale a poner las cosas patas arriba cuando se quiere ver una especie de estadio previo del socialismo en ese desarrollo del capitalismo moderno que tiende a una completa dictadura económica, y que ha nacido del más craso egoísmo y de la violación más brutal de todo humanismo? ¿No se comprende realmente que esos fenómenos están fundados en la naturaleza del orden social capitalista y que dejarse desviar por sus tendencias tiene tan poco que ver con el socialismo como nuestro apetito con la nieve del año pasado?

Se nos quiere probar que gracias al enorme desarrollo de la capacidad de rendimiento en la producción es como pueden crearse las justas garantías para las posibilidades de realización práctica del socialismo. Por la más vasta mecanización del proceso de la producción y por una obligación de trabajo determinada por el Estado para todos, se cree poder reducir la jornada de trabajo en una sociedad organizada de acuerdo al socialismo hasta tal grado que cada cual encontraría tiempo de sobra para seguir sus inclinaciones particulares. Se conocen los argumentos, que sólo demuestra lo poco que saben apreciar la gran mayoría de los actuales socialistas el bien más precioso de los hombres: la libertad.

¿Es en efecto, el socialismo, sólo un problema del estómago, como se ha dicho tan a menudo? ¿Se trata, en realidad, sólo de ejecutar para la sociedad o para el Estado el cociente de trabajo estipulado, de cumplir un deber impuesto al individuo que debe asegurar a la generalidad un relativo bienestar, para disfrutar, después de absolver esas necesidades ineludibles aun que molestas, la propia vida? No encarna el socialismo también un gran problema psíquico, cuya solución para el desenvolvimiento social es de una importancia mayor y mucho más decisiva que todas las formas técnicas de la economía?

No importa que por un desarrollo técnico progresivo, que degrada al hombre a la calidad de simple máquina, sea reducida en una medida creciente la obligación del trabajo de cada uno. ¿Qué valor tiene una jornada de trabajo socialmente necesaria de unas pocas horas al día, si el hombre la estima como un deber molesto a que no puede escapar por desgracia? También esas pocas horas pueden obrar como una esclavitud insostenible cuando no son capaces de hacer atractivo el trabajo y de despertar la alegría creadora del hombre. Una de las misiones más elevadas del socialismo debería consistir en hacer que el hombre volviera a sentir la alegría de su labor y aprendiera a interpretar su trabajo no sólo como una necesidad social, sino en primera línea como una manifestación de la acción creadora. En último resultado no importa de ningún modo el tiempo que está ocupado un hombre en una labor productiva, sino la suma de dicha y de contentamiento interior que le procura su trabajo.

Cuando Charles Fourier desarrolló hace más de cien años su grandiosa teoría del "trabajo atractivo", sintió que había tocado un problema fundamental del socialismo, estrechamente ligado a su realización práctica. Pero ¿quién se preocupa hoy de las inmaduras fantasías de aquel "utopista" desesperanzado, que no había comprendido los "fundamentos científicos del socialismo"? La actual generación se halla tan dominada por los conceptos forzados del marxismo que en todas partes no se ven más que necesidades económicas y misiones históricas y por esta razón se ha perdido toda comprensión para los más hondos problemas espirituales del socialismo. Sólo así se entiende que se crea ver hoy en las más monstruosas expresiones del sistema capitalista las condiciones previas necesarias para el advenimiento del socialismo, siendo evidente, sin embargo, que la exagerada y unilateral industrialización de la economía, ligada a una división extrema del tra-

bajo, como se manifiesta perfectamente en la actual racionalización, no tiene espiritualmente nada que ver con el socialismo, sino que representa un método más desarrollado de la explotación humana, tan mecánico como inhumano. En el mejor de los casos, en esos métodos del moderno desarrollo capitalista se podrían ver las condiciones previas de un próximo capitalismo de Estado, la peor forma de la explotación, pero nunca y en ninguna parte un síntoma práctico del avance del socialismo.

En el congreso socialdemócrata de Kiel, el ex ministro de finanzas Hilferding ha intentado extraer los mejores aspectos de la racionalización y del monopolismo. "El capitalismo organizado — declaró Hilferding — equivale a suplantación del principio capitalista de la libre concurrencia por el principio socialista de la acción según un plan, por la regulación social. La economía dirigida de un modo organizado nos da en mayor medida la posibilidad de la influenciación consciente en el Estado por la economía. Se ponen frente a frente por una parte la economía capitalistamente organizada, por otra parte la organización del Estado. El problema del tiempo está en ver cómo contribuimos a la mutua interpenetración. A nuestra generación se le ha planteado la misión de organizar con ayuda del Estado la regulación de la economía capitalista y transformar la economía capitalistamente organizada y dirigida en la economía dirigida por el Estado democrático. Eso no significa otra cosa que a nuestra generación se le plantea el problema del socialismo".

El señor Hilferding puede figurarse todo lo socialista que quiera; lo que el aspira es a un verdadero capitalismo de Estado. El "capitalismo organizado", que tanto saluda, es en realidad sólo la organización del capital para el saqueo sistemático y completo de los productores y consumidores. Sobre la manera bondadosa con que el señor Hilferding manifiesta su confianza en el Estado democrático, no queremos perder una sola palabra. El que frente al hecho de que justamente en los Estados democráticos se restringen continuamente los derechos más elementales de los trabajadores, es capaz de mantener todavía tal fe, es verdaderamente digno de lástima.

No, no es la continua división del trabajo la racionalización a costa de la decadencia física y espiritual del hombre, sino la unidad del trabajo, la descentralización de las industrias, la asociación de la industria y de la agricultura y la educación integral del hombre, que le capacite para el trabajo intelectual y para el corporal, lo que constituye — como lo ha descrito Kropotkin tan ingeniosamente en su hermosa obra "Campos, fábricas y talleres" — el fundamento y la condición de un socialismo práctico y constructivo. Pero con eso establecemos nuestra actitud teórica ante el sistema de la racionalización. No vemos de ningún modo en ese sistema una necesidad histórica ineludible de las leyes de la evolución económica, sino un vasto ensayo del capitalismo para tener a productores y consumidores en una situación de dependencia económica, para poder enriquecerse libremente en un tiempo más breve a costa suya. La moderna racionalización económica no tiene la misión de reconstruir y sanear la economía caída en el desequilibrio por la guerra y sus consecuencias; su propósito entero tiende más bien a ase-

gurar los beneficios del gran capitalismo y a aumentarlos a costa de la comunidad.

La racionalización es la competencia sistemáticamente calculada entre la máquina de carne y hueso y la máquina de hierro y acero, cuyos rendimientos únicamente corresponderán a los capitalistas. El trabajo en serie y el aprovechamiento refinado de todo movimiento muscular convierten al obrero en un simple autómatas para quien se pierde todo sentido de su trabajo y el cual tiene que pagar con su salud y su vida la infamante degradación de su humanidad. Los modernos métodos de trabajo obran embrutecedoramente sobre el espíritu y son perturbadores de la salud para el cuerpo y se convierten en causa directa de una completa degeneración de las clases productoras cuyas consecuencias se advertirán en el futuro lo mismo que los efectos degenerativos del sistema inescrupuloso de explotación del comienzo del período capitalista sobre los trabajadores.

Si los trabajadores contemplan pasivamente las consecuencias del nuevo sistema, no lo hacen porque ese sistema es condicionado por el curso del desarrollo económico, sino porque se les ha enseñado decenios enteros a someterse a esas cosas con resignación fatalista, en lugar de oponer desde el comienzo la más enérgica resistencia. Al desviar a los trabajadores hacia la ilusión que la proyectada transformación les beneficiaría también a ellos, se ha obstaculizado de antemano su resistencia y se les ha entregado inconscientemente a su destino. El fatalismo económico tiene los mismos efectos que el fatalismo religioso. Cuando se vé en cada fenómeno de la vida social un resultado forzoso y por tanto inevitable de leyes económicas naturales inflexibles, entonces es natural que el hombre pierda al fin la confianza en modificar esas cosas por su intervención, y se somete a las llamadas leyes inflexibles de la economía con la misma resignación que los orientales a su eterno hado. Cuando se reconoce un mal como tal, hay que tener ante todo la voluntad de contrarrestarlo. Con la conformación fatalista de las "necesidades históricas" y de la ineludibilidad del devenir económico no se cambia nada en el curso de la historia ni en las condiciones en que vivimos.

Ante todo los trabajadores tienen que reconocer que el camino del socialismo no es determinado por el continuo aumento del rendimiento personal y de la producción en general. El hombre al fin y al cabo no está ahí para la economía, sino que la economía debiera ser para él sólo un medio para hacer más agradable y más libre su vida. Justamente esta es una de las condiciones más importantes del pensamiento socialista.

De todas las esperanzas que los reformistas del movimiento obrero alemán habían puesto en la racionalización de la economía, ninguna se ha cumplido. Se ha visto lo contrario de lo que se había esperado. Es verdad que la labor del individuo aumentó enormemente, pero la producción en general no se ha ensanchado, en muchos casos incluso ha retrocedido. El propósito entero del ensayo desde el principio no fué otro que el de adaptar la producción al mercado y, por la dictadura de los precios, mantener en pie los beneficios y aumentarlos más todavía, aun con una restricción de la producción.

En lugar del anunciado acrecentamiento del trabajo se ha desarrollado un estado de constante desocupación. A comienzos del año pasado había



en Alemania, incluyendo los empleados en trabajos de emergencia, no menos de 2.050.000 desocupados. Entre ellos se encontraban 612.000 personas que estaban sin trabajo más de 26 semanas, 265.000 que lo estaban más de 39 semanas y otros 135.000 que carecían de ocupación desde hacía más de un año. Y la cifra de los llamados "eliminados" (Ausgesteuerten) había llegado a más de 200.000. Y esa desocupación iba mano a mano con una prolongación de la jornada en la mayoría de los oficios y con un acrecentamiento creciente de las horas extras en las industrias más importantes. Las condiciones desde entonces se han mejorado algo, pero continúan siendo sin embargo bastante turbias. Una estadística de la Allgemeinen Deutschen Gewerkschaftsbundes en abril del año pasado tuvo los siguientes resultados:

"La cifra de los establecimientos abarcados asciende a 57.895 con 2.533.147 personas ocupadas. El porcentaje de los obreros que trabajan la semana incompleta era de 4,6 por ciento frente a 9,3 por ciento en noviembre de 1924. En los establecimientos que trabajaban plenamente estaban ocupados 48 horas y menos por semana 47,4 por ciento contra 45,3 por ciento en noviembre y lo mismo en mayo de 1924. Más de 48 horas por semana trabajaban sólo 48 por ciento frente a 45,4 por ciento en noviembre de 1924. De ellos estaban ocupados el 12,3 por ciento más de 54 horas por semana frente a 10,7 por ciento en noviembre y 13 por ciento en mayo de 1924. Vemos aquí simultáneamente un aumento tanto de los obreros que tienen aseguradas las 48 horas como de aquellos que hacen horas extras sobre esa jornada. Aun cuando el retroceso de los obreros que trabajan la semana incompleta indica que el aumento de las horas extras hay que atribuirlo al mejoramiento de la coyuntura, no hay que olvidar que en la época de la estadística buscaba en vano trabajo un ejército de desocupados de 1.400.000. Sobre el desarrollo en los diversos grupos industriales y distritos tomamos los siguientes datos de la "Gewerkschaftszeitung":

"Mientras que el número de los que trabajan más de 48 horas en la industria gráfica bajó de 26,5 por ciento a 9,5 y en el ramo de la madera de 15,6 a 12,6 por ciento, aumentó esa cifra en la construcción de 10,5 por ciento a 12,6 por ciento, en la industria química de 38,8 por ciento a 45,5 por ciento, en la industria metalúrgica de 53,1 a 57,4 por ciento, en la industria textil de 66 a 75,2 por ciento y en la industria del calzado de 8,1 a 8,4 por ciento; Renania-Westfalia está nuevamente a la cabeza con 79,2 por ciento de personas ocupadas más de 48 horas. Aquí ejercita su poder la gran industria. Después sigue Baviera con 54,7 por ciento. El hecho de que en Renania-Westfalia trabajen un 37,4 por ciento más de 54 horas semanales, hay que atribuirlo a la gran industria, cuyo mal ejemplo repercute también sobre otros grupos industriales... El hecho de que en la gran industria se contravenga más a menudo a las ocho horas se desprende ya de la circunstancia que de los establecimientos que funcionan plenamente el 73 por ciento trabajan 48 horas y más por semana, mientras que el porcentaje de los que trabajan hasta 48 horas es sólo de 47,4 por ciento".

Una encuesta organizada por el Deutschen Textilarbeiterverband dió por resultado que del 12 al 18 de diciembre de 1926, es decir en una semana, se trabajaron 2.116.377 horas extras por 413.378 obreros textiles.

En lugar del esperado aumento de los salarios reales y de la disminución profetizada de los precios se ha producido justamente lo contrario. No hay duda alguna de que el nivel de vida del obrero alemán se ha empeorado considerablemente. En un interesantísimo artículo, "Die Schere auf dem Arbeitsmarkt", el conocido economista de Heidelberg profesor Lederer, caracteriza así la situación de la clase obrera alemana: "El índice del nivel de vida es fijado oficialmente en 140. Si se toma con mucho optimismo, la fuerza de compra de todos los asalariados, en tanto que tienen ocupación, lo mismo que antes de la guerra (pero esto es muy alto en comparación a los bajos salarios de los empleados) significa que la fuerza de compra del salario a causa de la desocupación y de la semana incompleta está hoy un 40 por ciento más bajo que el nivel de antes de la guerra, a pesar del desenvolvimiento técnico considerablemente aumentado".

Mientras que el índice del costo de la vida subió de enero de 1926 a febrero de 1927 de 139,8 a 144,5, aumentó el salario medio del obrero de oficio en el mismo tiempo de 45,10 marcos a 46,42, el salario del obrero sin oficio de 33,26 a 34,26. Pero esas cifras no corresponden completamente a los hechos, porque en muchas industrias las tarifas de la labor a destajo se redujeron de una manera importante, con lo cual los pequeños aumentos de salario fueron hechos nuevamente ilusorios.

"Del modo más claro se revela la reducción del nivel proletario de vida en Alemania por el retroceso en el consumo de los alimentos fundamentales. Ese retroceso se expresa claramente en la siguiente estadística de la Oficina nacional de estadística, Hamburgo:

	1907	1925	Retroceso
Carne . . .	De 125.552 kilos	a 105.674	16 o/o
Manteca . . .	" 46.55 "	" a 16.266	65 "
Huevos . . .	" 523 "	" a 445	15 "
Leche . . .	" 514 litros	a 374	27 "
Verdura . . .	" 181.235 kilos	a 135.062	25,5 "
Fruta . . .	" 126.633 "	" a 95.484	24,5 "

Esa investigación de la oficina nacional de estadística concluye con estas palabras: "Bajo la influencia de la carestía se ha modificado esencialmente el modo de alimentación de 1925 en comparación con 1907 restringiéndose el consumo de alimentos básicos y echando mano, en lugar de los alimentos fuertes muy encarecidos, a materias suplementarias, de menor valor nutritivo pero más baratas".

Donde quiera que miremos, la racionalización de la economía se ha expresado en daño de los trabajadores, y hay que excluir en absoluto que con la actitud espiritual del capitalismo alemán se produzca en ese concepto una modificación cualquiera, a pesar de los sonidos de sirenas del campo de las uniones centrales reformistas, cuyos jefes intelectuales se esfuerzan cuanto pueden por demostrar a los capitalistas que una transformación de sus métodos económicos tendría que beneficiarles a ellos solos. Justamente el capitalismo alemán, con su infinita arbitrariedad, con su hondo menosprecio de todos los derechos del proletariado y su conciencia del prestigio llevada al extremo se aferrará con tenaz energía a sus viejos principios y sólo podrá ser obligado por la más amarga necesidad a abandonar sus posiciones. Pero para eso los sindicatos, con su actual orientación, no valen.

P. KROPOTKIN:

# La Commune de Paris

I

El 18 de marzo de 1871 el pueblo de París sublevábase contra un poder generalmente detestado y despreciable y proclamaba la ciudad independiente y libre, perteneciéndose a sí misma.

Esta destrucción del poder central se realizó sin el aparato ordinario de las revoluciones anteriores. Los gobernantes se eclipsaron ante el pueblo armado, los soldados evacuaron la ciudad, los funcionarios se apresuraron a huir a Versalles, llevando consigo todo lo que pudieron. El gobierno se evaporó como una marea de agua pútrida al soplo del viento primaveral, y el 19, París, sin verter una gota de sangre ni disparar un tiro, encontróse libre de la plaga que emponzoñaba el ambiente de la gran ciudad.

La revolución que acababa de realizarse abría una nueva era en la serie de las revoluciones por las cuales marchan los pueblos de la esclavitud a la libertad. Con el nombre de Commune nació una idea nueva, llamada a ser el punto de partida de las revoluciones futuras.

Como ocurre siempre con las grandes ideas, no fué producto de las concepciones de un filósofo, de un individuo; nació en el espíritu colectivo, salió del corazón de un pueblo entero; y si al principio revistió cierta vaguedad, débese a que los encargados de practicarla no la concebían tan clara como la concebimos nosotros hoy; merced a esto no pudieron darse cuenta de la revolución que inauguraban, de la fecundidad del nuevo principio que trataban de poner en ejecución. Únicamente cuando se quiso establecerla fué cuando se entrevió su alcance futuro; sólo en el trabajo de la inteligencia operado después fué donde este nuevo principio se precisó más y más, apareciendo en toda su lucidez, belleza, justicia e importancia en los resultados.

\*\*\*

Desde que el socialismo tomó mayor expansión durante los cinco o seis años que precedieron a la Comuna, una duda preocupaba sobre todo a los elaboradores de la próxima revolución social: era ésta saber cuál sería el modo más propicio de agrupar a las sociedades en esta gran revolución económica que el desarrollo actual de la industria impone a nuestra generación, y que no puede ser otro que la abolición de la propiedad individual y que pase a ser común todo el capital acumulado por las generaciones precedentes.

La Asociación Internacional de Trabajadores se encargó de responder a esta objeción satisfactoriamente. La agrupación — decía — no debe limitarse a una sola nación, sino que debe extenderse por encima de las fronteras artificiales, haciéndolas desaparecer. Bien pronto esta gran idea penetró en el corazón de los pueblos y se apoderó de los espíritus. Perseguida después por la liga de todas las reacciones, ha vivido, sin embargo,

y en el momento en que los pueblos sublevados hagan desaparecer todos los obstáculos que se ponen en su camino, renacerá con mayor pujanza. Quedarán por averiguar cuáles serían las partes integrantes de esta vasta Asociación.

Entonces se encontraron frente a frente dos grandes ideas para solucionar la cuestión: de un lado el *Estado popular*, y de otro la *Anarquía*. Según los socialistas alemanes, el Estado debía tomar posesión de la riqueza acumulada y dársela a los obreros, organizar la producción y el cambio, velar por la vida y el funcionamiento de la sociedad.

La mayor parte de los socialistas de la raza latina, en virtud de la experiencia adquirida, res pondía que semejante Estado — caso que pudiera existir — sería la peor de las tiranías, y oponía a este ideal, copiado del pasado, otro ideal nuevo, la *an-archia*; es decir, la abolición completa de los Estados y la organización de lo simple a lo compuesto por la libre federación de las fuerzas populares, de los productores y consumidores.

Bien pronto se admitió por algunos estadistas que ciertamente la anarquía representaba una organización superior en alto grado al Estado popular; pero éstos decían: "El ideal anárquico se halla tan alejado de nosotros que no tenemos necesidad de preocuparnos de él". Por otra parte, faltaba a la teoría anarquista una fórmula concreta y sencilla a la vez, que precisara el punto de partida, diera cuerpo a sus concepciones y demostrase que podían apoyarse sobre una tendencia que tuviese existencia real para el pueblo. La federación de las corporaciones de oficio y de grupos de consumidores por encima de las fronteras y fuera de la tutela de los actuales Estados, parecía aun muy vaga; y fácilmente dejaba entrever al mismo tiempo que no podía comprender las manifestaciones humanas en toda su diversidad. Era preciso encontrar una fórmula más clara, más tangible y cuyos primeros elementos existiesen en la realidad de las cosas.

No se trataba simplemente de elaborar una teoría — ¡poco importan las teorías! — puesto que en tanto que una idea nueva no ha encontrado su enunciado neto, preciso y distinto de las cosas existentes, no logra apoderarse de los espíritus ni los arrebató hasta el punto de animarlos a lanzarse a una lucha decisiva. El pueblo no va jamás a lo desconocido sin apoyarse en una idea clara y francamente formulada que le sirva de trampolín, digámoslo así, a su punto de partida. Este punto de partida es la misma razón quien se encarga de indicarle.

\*\*\*

Cinco meses durante los cuales París, aislado por el sitio, había vivido su propia vida, habiéndole dado a conocer los inmensos recursos económicos, intelectuales y morales de que disponía: de esta suerte llegó a comprender la fuerza de su inicia-

tiva. Al mismo tiempo se había enterado que la banda de charlatanes que se apoderara del poder era impotente para organizar ni la defensa de Francia ni el desarrollo del interior: había visto a este gobierno central servir de obstáculo a cuanto la inteligencia podía producir de útil, y comprendido que el gobierno, sea de la clase que quiera, es impotente para proveer a los grandes desastres y facilitar la evolución dispuesta a cumplirse: la prueba la encontraba en que durante el sitio se habían mantenido la miseria de los trabajadores al lado del lujo insultante de los haraganes, y el gobierno central no había conseguido, a pesar de sus diversas tentativas, poner término a un tan escandaloso estado de cosas. Siempre que el pueblo pretendía moverse, el gobierno apretaba las cadenas que le sujetaban, y de aquí nació, naturalmente, la idea de que París debía de constituirse en Comuna independiente para poder realizar dentro de sus muros lo que dictara al pueblo su pensamiento y lo que reclamaran sus necesidades. Esta palabra, LA COMMUNE, se escapó entonces de todos los labios.

\*\*\*

La Commune de 1871 no podía ser más que un esbozo. Nacida en medio de una guerra y de dos ejércitos dispuestos a darse la mano para aplastar al pueblo, no se atrevió a lanzarse por completo en la vía de la revolución económica; no se declaró francamente emancipadora, ni procedió a la expropiación capitalista, ni a la organización del trabajo, ni aun siquiera hizo el censo general de todos los recursos de la ciudad. No se atrevió a romper con la tradición del estado y el gobierno representativo, ni trató de efectuar en su seno esa organización de lo simple a lo complejo que había inaugurado al proclamar la independencia y libre federación de las Communes. Seguramente que si hubiera vivido algunos meses más se habría visto impulsada, por la fuerza misma de las circunstancias, hacia estas dos resoluciones. No olvidemos que la burguesía ha tardado cuatro años de período revolucionario para pasar de la monarquía templada a su república, y así no nos extra-



fiará que el pueblo de París no franquease de una sola vez el espacio que separa la Commune anarquista del gobierno de los pillos. Pero ya que entonces no fué, tengamos la seguridad que la próxima revolución, que en Francia y también en España será comunista, reanudará la obra interrumpida por los asesinos de Versalles.

\*\*\*

La Commune sucumbió, y la burguesía se vengó, ya sabemos cómo, del espanto que le había causado sacudiendo el yugo de sus gobernantes. Así probó que la sociedad moderna está realmente compuesta de dos clases; de una parte el hombre que trabaja y da al burgués más de la mitad de lo que produce, y, sin embargo, tiene que sucumbir a los crímenes de su amo; y de otra el haragán animado de instintos de fiera carnívor, que odia a su esclavo y está dispuesto a degollarle como un cordero.

Después de haber encerrado al pueblo de París y tapado todas las salidas, lanzaron a los soldados embrutecidos por el ambiente del cuartel y el vino y les dijeron en plena Asamblea: "¡Matad los lobos, las lobas y los lobeznos". Y al pueblo (1):

— "¡Hagas lo que hagas, vas a perecer! Si te prenden con las armas en la mano: ¡la muerte! Si las entregas: ¡la muerte! Si te bates: ¡la muerte! Si pides perdón: ¡la muerte! A cualquier lado que vuelvas los ojos, derecha, izquierda, alto o bajo: ¡la muerte! No solamente estás fuera de la ley, sino fuera de la humanidad. Ni la edad ni el sexo pueden salvarte a tí y a los tuyos. Vas a morir, pero antes saborearás la agonía de tu mujer, de tus hermanas, de tu madre, de tus hijas, de tus hijos, aun cuando sean éstos de pecho. En tu presencia recogerán los heridos en la ambulancia para concluirlos a bayonetazos o magullar su cuerpo a culatazos. Se les agarrará aún vivos por su pierna destrozada o su sangriento brazo y se los arrojará en medio de la calle, como un montón de basura.

¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte!

Y luego, después de la orgía desenfrenada sobre los montones de cadáveres, después del exterminio en masa, la venganza mezquina y por tanto atroz, que dura aún, del martinete, las esposas, el cepo en la bodega del buque, los latigazos, el hambre, los insultos soeces, todo los refinamientos de la crueldad...

¿Olvidará el pueblo estas obras?

"Derrotada, pero no vencida", la Commune renace hoy: no es solamente un sueño de vencidos acariciando en su imaginación una bella esperanza, no; la Commune es hoy el objeto preciso y visible de la revolución que se cierne sobre nosotros. La idea ha penetrado en las masas; les ha dado una bandera, y nosotros creemos firmemente que la generación presente podrá efectuar la Revolución social en la Comuna, y terminar con la innoble explotación burguesa, emancipando a los pueblos de la tutela del Estado e inaugurando en la especie humana una nueva era de libertad, igualdad y solidaridad.

II

Diez años (2) nos separan ya del día en que el pueblo de París, destruyendo el gobierno de los traidores que se habían apoderado del poder a la caída del imperio, se constituyó en Commune y proclamó su independencia absoluta. Y, sin embargo, todas las miradas se vuelven aun hacia la

(1) De la "Historia popular y parlamentaria de la Commune de París", por Arturo Arnould.

(2) Está escrito en marzo de 1881.

fecha del 18 de marzo de 1871, que nos recuerda una de las más gratas esperanzas; el aniversario de ese día memorable es el que se propone festejar el pueblo solemnemente, y mañana por la tarde el corazón de millares de proletarios de ambos mundos latirá al unísono, fraternizando a través de las fronteras y de los océanos, en Europa, en América, recordando con entusiasmo la revolución del proletariado parisiense. Y es que esa idea, por la cual vertió su sangre el pueblo de París y sufrió las plagas de Caledonia, es una de esas ideas que por sí solas envuelven una revolución; una idea grande que puede recibir bajo los pliegues de su bandera todas las tendencias revolucionarias de los pueblos que marchan en pos de su emancipación.

Seguramente que si nosotros no nos limitáramos a registrar los hechos reales y palpables realizados por la Commune de París, deberíamos de decir que esta idea no era lo suficiente vasta para abrazar sino una parte mínima del programa revolucionario; pero si observamos, por el contrario, el espíritu que inspiraba a las masas del pueblo cuando el movimiento del 18 de marzo, las tendencias que pugnaban por brotar a la superficie y no tuvieron tiempo de pasar al dominio de la realidad, porque antes fueron sepultadas entre montones de cadáveres, comprenderemos entonces el alcance del movimiento y las simpatías que inspira en el seno de las masas obreras de los dos mundos. La Commune entusiasmo, no por lo que ha hecho, sino por lo que promete hacer el día que triunfe.

\*\*\*

¿De dónde viene esa fuerza irresistible que atrae las simpatías de las masas oprimidas hacia el movimiento de 1871? ¿Qué idea representa la Commune y por qué tiene tan inmenso atractivo entre los proletarios de todos los países?

La respuesta es sencilla. La revolución de 1871 fué un movimiento eminentemente popular, hecho por el pueblo mismo, nacido espontáneamente de las masas, y en éstas fué donde encontró sus defensores, sus héroes, sus mártires y tuvo sobre todo ese carácter "canalla" que la burguesía no le ha perdonado ni le perdonará jamás. Y además, la idea madre de esa revolución — vaga, es verdad, inconsciente quizás, pero sin embargo bien pronunciada en todos sus actos — era la idea de la revolución social tratando de establecer, después de tantos siglos de lucha, la verdadera igualdad para todos; era la revolución de la "canalla" marchando a la conquista de sus derechos.

Se ha tratado, es cierto, y se trata aún de desnaturalizar el verdadero sentido de esta revolución, presentándola como una simple idea de reconquistar la independencia para París y constituir un pequeño Estado dentro de Francia; nada menos cierto que esto; París no pretendía aislarse de Francia ni conquistarla por las armas: París no quería encerrarse en sus muros como un benedictino en su claustro. Si reclamaba su independencia, si quería impedir la intrusión del poder central en sus negocios era porque veía en esta independencia un medio de elaborar tranquilamente las bases de la organización futura y realizar en su seno la revolución social; una revolución que hubiera transformado completamente el régimen de la producción y del cambio, basándose sobre la justicia; que hubiera modificado las relaciones humanas, estableciendo la igualdad de

condiciones y de medios y que hubiera rehecho la moral de nuestra sociedad, dándole por base los principios de equidad y solidaridad.

La independencia comunal no era, pues, para el pueblo de París sino medio para llegar a la revolución social.

\*\*\*

Este objeto lo hubiera alcanzado ciertamente si la revolución hubiese podido seguir su libre curso, si el pueblo de París no hubiese sido fusilado, ametrallado y asesinado por los verdugos de Versalles. Encontrar una idea clara, precisa, comprensible para todo el mundo, tal fué en efecto la preocupación del pueblo de París desde los primeros días de su independencia; pero una idea tan grande no germina en un día por rápida que sea su elaboración y propaganda durante los períodos



EUGENIO VARLIN, UNO DE LOS REPRESENTANTES DE LA TENDENCIA LIBERTARIA EN LA COMUNA

revolucionarios. Le era preciso cierto tiempo para desarrollarse, penetrar en las masas y traducirse en hechos, y este tiempo fué el que le faltó a la Commune de París, tanto más cuanto que hace diez años las ideas del socialismo revolucionario atravesaban un período transitorio. En 1871 el comunismo autoritario, gubernamental y más o menos religioso de 1848 no se había apoderado de los espíritus prácticos y libres de nuestra época. ¿Dónde encontrar hoy un parisiense que consienta encerrarse en un cuartel falansteriano? Por otra parte, el colectivismo, que quiere uncir en un mismo carro el salario y la propiedad colectiva, era incomprensible, poco atractivo, erizado de dificultades en su aplicación práctica; y el comunismo libre, el comunismo anarquista apenas se conocía ni se atrevía a afrontar los ataques de los adoradores del gubernamentalismo.

Reinaba la indecisión en los espíritus, y los comunistas no se atrevían a demoler la propiedad

individual, faltos de una idea bien determinada. Entonces se dejó convencer por este razonamiento que los adormideras repiten desde hace años: "Aseguremos primero la victoria, y después veremos lo que se puede hacer".

\* \* \*

¿Asegurar primero la victoria? ¿Como si hubiera medio de constituir la Commune libre sin tocar la propiedad! ¿Como si hubiese medio de vencer al enemigo en tanto que la gran masa del pueblo no se interesara directamente en el triunfo de la revolución, viendo llegar el bienestar material, moral e intelectual para todos! Se trataba de implantar primero la Commune, aplazando para más tarde la revolución, siendo así que el único modo de proceder era consolidar la Commune por la revolución social.

Y lo mismo ocurrió con el principio gubernamental: al proclamar la Commune libre, el pueblo de París establecía un principio esencialmente anarquista; pero como por esa época apenas si se conocía la idea anarquista, se detuvo a mitad del camino, y aun dentro de la Commune libre se inclinó por el autoritarismo, estableciendo un Consejo municipal copia fiel de los Consejos municipales más autoritarios.

Si admitimos, en efecto, que un gobierno central es absolutamente inútil para arreglar las relaciones de las Communes entre sí ¿por qué aceptaremos la necesidad de arreglar las relaciones mutuas de los grupos que constituyen las Communes? Y si abandonamos a la libre iniciativa de las Communes el cuidado de entenderse para las empresas que conciernen a varias ciudades a la vez, ¿por qué rehusar esa misma iniciativa a los grupos de que se compone una Commune?

Pero en 1871 el pueblo de París, que ha destruido tantos gobiernos, estaba en el primer ensayo revolucionario contra el sistema gubernamental: se dejó, pues, llevar del fetichismo gubernamental y erigió un gobierno. Las consecuencias ya son conocidas. Envió al Hotel de Ville a sus mejores hijos; y allí, inmovilizados en medio de papeles inútiles, obligados a gobernar cuando sus instintos les ordenaban estar y marchar con el pueblo; obligados a discutir cuando era preciso obrar, y perdiendo la inspiración que nace del contacto con las masas, se vieron reducidos a la impotencia, paralizados por su alejamiento del foco de las revoluciones, el pueblo, y obstruyendo ellos mismos la iniciativa popular.

\* \* \*

Incubada en un período transitorio, cuando las ideas de socialismo y autoridad sufrían una modificación profunda; nacida a espaldas de una guerra, de un foco aislado, bajo los cañones de los prusianos, la Commune debía sucumbir.

Pero por su carácter eminentemente popular, comenzó una era nueva en la serie de las revoluciones, y, por sus ideas, fué la precursora de la revolución social. Los asesinatos desconocidos, feroces y cobardes con que la burguesía celebró su caída, la venganza innoble que los verdugos ejercieron durante nueve años con los prisioneros, esas orgías de caníbales han abierto un abismo entre la burguesía y el proletariado que no se cerrará nunca. El día de la inmediata revolución el pueblo cumplirá su deber; si no alcanza la victoria, no le puede caber duda acerca de la suerte

que le espera, y, por lo tanto, obrará en consecuencia.

En efecto, sabemos hoy que en el momento en que Francia se erija en Communes, el pueblo no deberá darse gobierno y esperar de él la iniciativa de las medidas revolucionarias. Después de haber barrido los gusanos que le roen, se apoderará por sí mismo de la riqueza social para ponerla en común, según los principios del comunismo anarquista. Y cuando se hayan abolido completamente la propiedad individual, el gobierno y el Estado, se constituirá libremente según las necesidades que le hayan sido dictadas por la vida misma. Destrozando las cadenas y derribando los ídolos, la humanidad marchará hacia un porvenir mejor, no conociendo ni amos ni esclavos, no venerando sino a los nobles mártires que han pagado con su sangre y sus sufrimientos las primeras tentativas de emancipación y nos han iluminado en nuestra marcha hacia la conquista de la libertad.

III

Los festejos y reuniones públicas organizados el 18 de marzo en todas las ciudades donde hay grupos revolucionarios constituidos merece toda nuestra atención, no solamente como manifestación del ejército de los proletarios, sino también como expresión de los sentimientos que animan a los revolucionarios de los dos mundos. Así se cuentan mejor que por todas las papeletas electorales, y se formulan sus aspiraciones en plena libertad, sin dejarse influenciar por consideraciones de táctica electoral.

Al efecto, los proletarios reunidos ese día no se limitan a hacer el elogio del pueblo parisense y pedir venganza contra sus asesinos, sino que, inspirándose en aquel hecho heroico, van más lejos: discuten las enseñanzas que es preciso deducir de la Commune de 1871 para la próxima revolución; se preguntan cuáles eran las faltas de que adolecía la Commune, y eso, no para criticar a los hombres, sino para poner de relieve cómo las preocupaciones que reinaban entonces sobre la propiedad y la autoridad han impedido el completo desenvolvimiento de la idea revolucionaria al mundo entero con sus rayos vivificantes.

La enseñanza de 1871 ha aprovechado a todo el proletariado, que, rompiendo con los antiguos prejuicios, ha dicho cómo entiende su revolución.

\* \* \*

Es cierto que en adelante la insurrección de las Communes no será un simple movimiento *comunista*. Los que crean que es preciso establecer la Commune independiente y después hacer ensayos de reformas económicas, se verán desbordados por el desarrollo del espíritu popular. Serán por actos revolucionarios, aboliendo la propiedad individual, como las Communes afirmarán y constituirán su independencia.

El día en que por consecuencia del incremento de la acción revolucionaria el pueblo barra los gobiernos y arroje el desorden en el campo burgués, que sólo se mantiene por la protección del Estado — cosa que no está muy lejos —, el pueblo insurreccionado no esperará que un gobierno cualquiera decreté por medio de su desconocida sabiduría las reformas conocidas económicas, sino que abolirá por sí mismo la propiedad individual por

la expropiación violenta, tomando posesión, en nombre de todos, de la riqueza social acumulada por el trabajo de las generaciones precedentes.

No se limitará a expropiar a los detentadores del capital social por medio de un decreto, que sería letra muerta; sino que tomará posesión en el acto y establecerá los derechos definitivamente; cambiará su tugurio por un alojamiento higiénico; se dispondrá para utilizar inmediatamente toda la riqueza amontonada en las ciudades; y tomará posesión de ella como si siempre la hubiera dis-

munismo antiautoritario), una especie de colectivismo doctrinario, ha querido establecer una distinción entre el capital que sirve para la producción y el destinado a subvenir a las necesidades de la vida. La máquina, la fábrica, la materia primera, las vías de comunicación y el suelo, de una parte; las habitaciones, los productos manufacturados, de otra. Los unos convertidos en propiedad colectiva, los otros destinados, según los representantes de esta escuela, a permanecer propiedad individual.



LUISA MICHEL, COMBATIENTE DE LAS BARRICADAS DE LA COMUNA

frutado. Una vez expropiado el barón industrial que saca su botín de la miseria del obrero, la producción continuará desembarazada de las trabas que hoy la limitan y aboliendo las infinitas especulaciones que sobre ella pesan. "Jamás se ha producido tanto en Francia como cuando, después de 1793, la tierra fué arrancada de manos de los señores" — decía Michelet. Jamás se habrá trabajado tanto como el día en que por el trabajo libre, cada progreso del obrero sea un origen de bienestar para la Commune entera.

Cuanto a la riqueza social, se ha tratado de establecer una división; o mejor dicho, se ha conseguido dividir al partido socialista a propósito de esta cuestión. La escuela que hoy se llama *colectivista*, substituyendo al colectivismo de la anti-gua Internacional (que no era otra cosa que el co-

Se ha tratado de establecer esta distinción, pero el buen sentido popular ha comprendido que era ilusoria e imposible de establecer. Viciosa en teoría, cae en la práctica de la vida. Los trabajadores han comprendido que la casa que nos abriga, el carbón y el gas que quemamos, el alimento que consume la máquina humana para sostener la vida, el traje con que el hombre se cubre para preservar su existencia, el libro que lee para instruirse, la distracción que se procura, son partes tan integrantes y necesarias para el buen éxito de la producción y desarrollo progresivo de la humanidad como las máquinas, las manufacturas y las primeras materias; han comprendido que mantener la propiedad individual para estas riquezas sería sostener la desigualdad, la opresión, la explo-

tación y paralizar de antemano los resultados de la expropiación parcial.

En efecto, en sus reuniones los proletarios revolucionarios afirman claramente su derecho a toda la riqueza social y a abolir la propiedad individual, para los valores de consumo como para los de producción. "El día de la revolución — dicen los portavoces de la masa obrera— nos apoderamos de toda la riqueza, de todos los valores amontonados en las ciudades y los pondremos a disposición de todos. — Cada uno podrá coger lo que tenga necesidad de los graneros de nuestras ciudades, y estar seguros que no faltará hasta que la producción libre emprenda su nueva marcha. En las tiendas de nuestras ciudades hay trajes para vestir a todos los que carecen de ellos y hasta objetos de lujo para el que los 'desea'".

He aquí cómo, a juzgar por lo que se dice en las reuniones, comprende el pueblo la Revolución: introducción inmediata del comunismo anarquista y libre organización de la producción. Establecidos estos dos puntos, las Communes de la revolución que se ciernen sobre nuestras cabezas no respetarán los errores de nuestros predecesores que, vertiendo su sangre generosa, han limpiado de obstáculos el camino del porvenir.

\*\*\*

Tampoco se ha establecido un completo acuerdo — aunque no esté lejos de acordarse — sobre otro punto no menos importante: el *gobierno*.

Respecto de este asunto existen dos opiniones. "Es preciso — dicen los de una — constituir el mismo día de la revolución un gobierno que se apodere del poder. Este gobierno, fuerte, potente y resuelto, *hará* la revolución decretando esto y lo otro, y obligando a todo el mundo a obedecer sus decretos".

"¡Triste ilusión! — dicen los de la otra escuela. — Todo gobierno central, encargado de gobernar una nación, estando, como no puede menos, formado de elementos heterogéneos y siendo conservador por su esencia gubernamental, no hará otra cosa que servir de obstáculo a la revolución. Impedirá que las Communes dispuestas marchen adelante, y no inspirará un soplo revolucionario a las Communes retrasadas. Lo mismo ocurrirá en el seno de una Commune insurrecta: o bien el gobierno comunal sanciona los hechos realizados, y entonces sólo es una rueda incompleta, o bien pretenderá marchar a su cabeza, reglamentando lo que debe sancionarse por el pueblo mismo para ser viable, aplicando teorías allí donde es preciso que toda la sociedad elabore formas nuevas de la vida común con esa fuerza de creación que surge en el organismo social cuando ve romperse las cadenas y abrirse ante sus ojos amplios horizontes. Los hombres en el poder estorbarán este movimiento de avance, sin producir nada de lo que hubieran sido capaces de producir permaneciendo en las filas del pueblo ayudando a elaborar la nueva organización, en vez de encerrarse en las cancellerías agotándose en estériles discursos. Serán, pues, un impedimento y un peligro: impotentes para el bien, formidables para el mal; por consiguiente, no tienen razón de ser".

Por natural y justo que sea este razonamiento, aún se titubea por los que tienen arraigadas, acurculadas y acreditadas las preocupaciones seculares, sostenidas por los interesados en mantener la religión del gobierno al lado de la religión de la propiedad y de la religión divina.

Esta preocupación — última de la serie: Dios, propiedad, gobierno — existe aún, y es un peligro para la próxima revolución. "Nosotros, y por nosotros mismos, nos arreglaremos nuestros asuntos sin esperar las órdenes de ningún gobierno, y pasaremos por encima de los que quieran imponerse bajo forma de cura, propietario o gobernante"... — dicen ya los proletarios. — Nosotros esperamos que si el partido anarquista continúa combatiendo vigorosamente el gubernamentalismo y no se desvía de su camino dejándose arrastrar por las luchas del poder, en los pocos años que quedan aun hasta la revolución, la preocupación gubernamental estará tan debilitada que no tendrá fuerzas para arrastrar tras sí a las masas proletarias.

\*\*\*

Sin embargo, hay todavía en las reuniones populares una laguna que vamos a señalar: que no se hace nada o casi nada por los obreros del campo. Todo se limita a los de las ciudades. Parece que no existe el campo para el trabajador de las capitales. Hasta los oradores que se ocupan de la próxima revolución no se atreven a hablar en su nombre. Es preciso insistir mucho sobre el peligro que resulta de esto.

La emancipación del proletariado no será posible en tanto que el movimiento revolucionario no se infiltre en los obreros del campo. Las Communes insurrectas no podrán sostenerse ni un año si el movimiento no abraza a aquéllos. Cuando el impuesto, la hipoteca, la renta y las instituciones que los sostienen hayan sido arrojados a los cuatro vientos, entonces comprenderán los agricultores las ventajas de la revolución. Conviene que el obrero de la tierra sepa de antemano que el obrero de la ciudad no podrá hacer nunca nada que le sea perjudicial y oneroso, sino que, lejos de eso, irá con él unido de la mano para conquistar de una vez y definitivamente la igualdad para todos.

Para este objeto los trabajadores deben imponerse la tarea de ayudar a la propaganda entre los campesinos. Importa mucho que en cada pueblo haya una pequeña organización especial, una rama de la Liga agraria, para la propaganda en el seno de los labradores, y que ésta se haga con el mismo interés que en los centros industriales.

El comienzo será difícil; pero tengamos presente que va envuelto en esa propaganda el éxito de la Revolución social, que no triunfará hasta el día que los trabajadores de la fábrica, unidos a los cultivadores del campo, marchen a realizar estas dos legítimas aspiraciones: la tierra para el labrador, la fábrica para el obrero industrial.



STOYAN DANIEFF

## Apolonio Andreevich Karelin

1863 — 20 de Marzo — 1926

Se habló mucho en la prensa revolucionaria de habla española del movimiento revolucionario ruso, más variado y rico en experimentos que ningún otro; pero se puede decir que, aunque se ha hablado mucho, todavía se desconoce en los países españoles ese gran movimiento revolucionario que ha creado, o mejor dicho del seno del cual han salido personalidades como Bakunin, Kropotkin, Tcherkesoff, Tolstoy, Tchernichevsky, y muchos otros, a quienes se desconoce completamente en estos países, pero que no son menos populares en los países eslavos y en Europa en general.

Y es difícil describir y caracterizar un movimiento tan vasto y tan múltiple como lo es el ruso, sin hacer revivir tan numerosas e interesantes condiciones y circunstancias, desde las más favorables hasta las más desorientadas e infructuosas. Pero en todo momento, cualquiera que sea, el revolucionario ruso se entrega con toda el alma, sacrificándolo todo, dándolo todo sin guardarse nada para sí: hasta su vida.

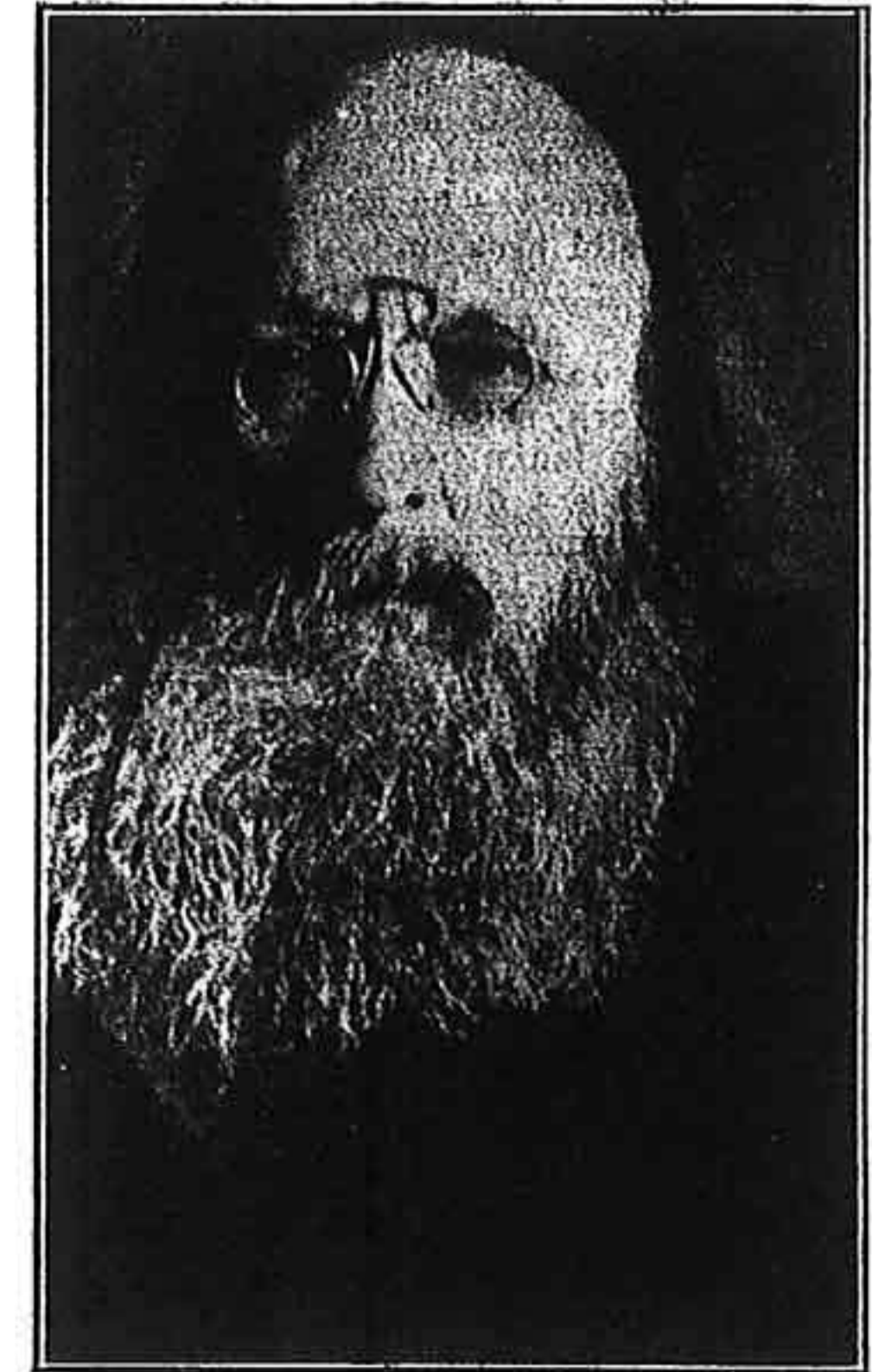
Los terroristas rusos — con los que se puede estar en desacuerdo teóricamente, pero a los que no se puede negar su sinceridad y valentía — aun no han sido superados. Sus actos, su manera de prepararlos y su valentía y sangre fría para efectuarlos, son únicos en la historia revolucionaria. Los que formaban los grupos terroristas eran personas que no pensaban más en la vida. Estaban condenados a la muerte y esperaban la hora de ser ejecutados, sea en la horca, en la calle o en el sitio donde se llevaría a cabo el atentado. No se quería más que una cosa: conseguir el fin propuesto. ¿Las víctimas? No importa; si caen unos vienen otros.

Y así ocurría en todas las tendencias revolucionarias. Ingresaban en el movimiento, no para gozar y buscar bienestar y gloria, sino para sufrir y padecer en la miseria, soportando estoicamente las persecuciones y condenas de que eran objeto. Y lo más interesante es que la mayoría de esa gran pléyade de luchadores abnegados por la libertad del pueblo oprimido y pisoteado tan cruelmente, eran estudiantes, intelectuales y escritores, en una palabra, gente que, materialmente, estaba bien y siendo de la clase privilegiada gozaba de más derechos que el pueblo en general.

Si este fenómeno es extraño en los movimientos de los demás países, o si son casos personales y aislados, en Rusia es específico por su género.

Es bien conocida la actitud generosa e incomparable de la *intelligentzia* rusa, en la segunda mitad del siglo pasado, conocida bajo el nombre "Kam Naroda" (hacia el pueblo), según la cual la juventud estudiosa renuncia a sus derechos y privilegios y se dirige al pueblo, para compartir con él sus sufrimientos y su esclavitud y luchar junto con él por la conquista de la tierra y de la libertad.

Fué aquella una época de agitada vida revolucionaria y terrorista. La autoridad era incapaz de evitar los actos terroristas y las reuniones clandestinas; si descubría a uno, se preparaba otro, y estaba completamente desorientada en la búsqueda de los propagandistas revolucionarios. Una artista célebre, una bailarina que sonreía amablemente al emperador, un escritor conocido, un oficial de ejército, un detective o alto funcionario de confianza era al mismo tiempo miembro de uno de estos "krojoks" clandestinos en los que se preparaban los actos terroristas.



A. A. KARELIN

Aquella época gloriosa para el movimiento revolucionario en general, no ha desaparecido sin dejar un ejército de revolucionarios, unos más, otros menos conocidos, pero los cuales poco a poco van desapareciendo, por la muerte unos, y por la claudicación otros.

Entre los primeros — en los últimos no nos vamos a detener, pues no vale la pena acordarse de ellos, y además no es necesario ir a Rusia a buscarlos — el que es conocido muy poco o casi nada

en los países de habla española, es A. A. Karelin. Karelin — como la mayoría de los revolucionarios rusos — procedía de una familia noble y rica. Su padre ha sido pintor y a éste se debe la gran capacidad de observación de que disponía Karelin. Educado en un medio burgués, eligió como carrera el derecho, pero cuando su familia se trasladó de Petrogrado a Nigni-Novgorod y ocupó la casa del conocido revolucionario y crítico Tchernitchevsky, Karelin se encontró con una biblioteca selecta, la cual — dada su sensibilidad y sinceridad, lo inclinó hacia la revolución.

Y desde entonces Karelin no vive más que para la revolución. Escribe, organiza conferencias y toma parte en todos los movimientos con este fin. Su primera detención fué durante el mes de marzo de 1881, a la edad de 18 años y su vida desde entonces se convierte en una verdadera odisea de persecuciones, detenciones y deportaciones, hasta el momento en que, salvándose de la horca en 1905, se refugió en París, de donde regresó a Rusia en 1917.

Su voluntad y su decisión hacen que se le pueda comparar con Bakunin, con el cual, según afirman los que lo han conocido personalmente, ha tenido mucha semejanza. Las autoridades estaban ya cansadas de perseguir a Karelin, pero el no se cansó de molestarles. Así, por ejemplo, cuando pasaron una vez la lista de los detenidos al emperador Alejandro III, en la cual figuraba Karelin, exclamó: "¡Otra vez ha caído este Karelin!"

En París, Karelin prosiguió su obra con no menos ardor y abnegación. Escribía y colaboraba en muchos periódicos anarquistas y hasta algunos los redactaba desde allí, como por ejemplo *Golos Truda* de New York, sobre el que Kropotkin le escribió que era un magnífico periódico anarquista, ignorando que él era quien lo redactaba. En los 24 números que aparecieron bajo su redacción, vieron la luz más de 150 artículos suyos, sea bajo pseudónimos o sin firma.

Antes de esto Karelin organizó en París un grupo bajo el nombre de "La Federación de los Libres Comunalistas", que mensualmente editaba y repartía libros y propaganda anarquista.

La tendencia que sostenía Karelin, la que propagaba, era kropotkiniana y su libro "Breve exposición de la economía política", es una ampliación del punto de vista de Kropotkin, sostenido en "La Conquista del Pan", "Campos, Fábricas y Talleres" y en otros escritos. Existen dos tomos más sobre esta cuestión, pero no se han publicado todavía.

Otros de sus escritos, bastante interesante y desconocido en español, es *La pena de muerte*, un folleto donde Karelin hace resaltar la crueldad de la pena de muerte, ejercida en nombre de cualquier justicia o gobierno que sea. Y ha escrito muchos folletitos más, unos de más y otros de menos popularidad. Sobre Bakunin, sobre la vida futura, sobre la organización, sobre la comuna y sobre muchas cosas más.

Al regresar a Rusia en 1917, Karelin tomó parte activa en el movimiento. En 1918, junto con A. U. Ge, R. Z. Ermand y otros, organizó la "Federación General Anarquista y Anarco-Comunista Rusia", sacando al mismo tiempo el diario anarquista "La Comuna Libre".

Desde la organización de la Federación, Karelin tomó parte en el secretariado de ella, siendo su verdadero orientador. No mucho tiempo después, a iniciativa suya se formó la "Cruz Negra"

para la ayuda a los anarquistas, la cual sigue existiendo todavía.

La popularidad de Karelin en los últimos tiempos había llegado hasta tal grado, que una gran cantidad de campesinos recorrían grandes distancias para ir a consultar algo con él. Por una cosa cualquiera, la más insignificante, se iba a consultarle, y él contestaba a todos, explicaba, aclaraba con gran sencillez y sin disgusto. Las conferencias que daba sobre el anarquismo eran muy concurridas, pues presentaba la idea anarquista con una claridad incomparable.

Se dice que en los últimos tiempos Karelin ha sido demasiado leal con el poder bolchevique, absteniéndose de atacarlo directamente, lo que le ha permitido vivir con tranquilidad en Moscú, sin ser molestado por la dictadura, que tan cruelmente perseguía a los anarquistas.

No conocemos positivamente la actitud de Karelin frente al poder bolchevique, pero lo que sabemos con seguridad es que hasta el último momento de su vida, propagó el anarquismo, y que estando en el umbral de la muerte, pensaba en los presos y ayudaba a la "Cruz Negra".

En fin, con la muerte de Karelin, ocurrida el 20 de marzo de 1926, el anarquismo perdió un buen organizador y un valiente defensor.

El vacío que quedó con su muerte tanto para el anarquismo en general, como especialmente para el movimiento ruso, es de mucha importancia.

Con la desaparición de Karelin, el anarquismo quedó huérfano de una personalidad con vastos conocimientos económicos y políticos, de un optimismo poco común, que no esperaba que la emancipación y el comunismo llegaran fatalmente, sino que hacía todo lo posible para preparar el terreno para su advenimiento.

El comunismo será libre o jamás lo verá la humanidad, decía él, y era consecuente con su convicción. Luchó hasta el último momento de su vida, conservando perfectamente sus facultades mentales, que le habrían permitido continuar la lucha unos años más.



EMMA GOLDMAN

El drama moderno: Un poderoso propagador del pensamiento avanzado

(CONCLUSION)

Max Halbe, autor de *Jugend* (Juventud) y Wedekind en *Fruhlings Erwachen* (Despertar de primavera), siembran a manos llenas ideas y nociones que van contra la moral corriente. Tratan del niño y de la espesa ignorancia y del estrecho puritanismo con que se afronta el despertar de su naturaleza. Esto es particularmente cierto en *Fruhlings Erwachen*. Son jóvenes muchachos y muchachas a quienes se sacrifica en el altar de una falsa educación y de nuestra repugnante moralidad, prohibiéndoles los placeres propios de la juventud, una cuestión tan imperiosa para la salud y el bienestar moral de la sociedad, — lo que en definitiva constituye los orígenes de la vida y de sus funciones. Ahí se demuestra cómo una madre — una verdadera madre — mantiene en absoluta ignorancia a una jovencita de catorce años de edad acerca de las funciones del sexo y cuando ella, la pobre víctima, finalmente cae, esa misma madre la contempla morir a manos del curanderismo. La inscripción, en su túmulo, dirá que murió de anemia y así la moral quedará satisfecha.

Referente a la fatalidad de la hipocresía puritana, en esos asuntos, Wedekind sugiere que si la mayor parte de nuestra adolescencia precoz es víctima de su ignorancia sexual, se debe a los maestros, a los mentores, quienes carecen en absoluto de sensatez para guiarlos cuando despiertan sus naturalezas.

Wendla, la heroína de la obra de Wedekind, singularmente desarrollada para su edad y alerta de espíritu, trata de inquirir de su mamá deseando le explique los misterios de la vida. Dice:

—Tengo una hermana que ya hace dos años y medio que está casada. He sido tía por dos veces y no poseo la menor idea de cómo sucede eso. ¡No te enojas, querida mamá! ¿A quién si no a tí debo preguntarte estas cosas? No me retes por lo que te digo. Dame una respuesta. ¿Cómo sucede? Tú no puedes engañarte ni a mí tampoco, que ya tengo 14 años, creyendo en la cigüeña como portadora de chicos...

Esta mamá, si ella misma no hubiese sido víctima de las nociones de una falsa moral, con una razonable y afectuosa explicación habría salvado a su hija. Pero la madre convencional trata de esconder su ficticio pudor y, embarazada, contesta con una evasiva:

—Para tener niños, se deberá amar al hombre con quien se está casado. Debe amársele, Wendla, aunque tú no te halles en edad de comprender lo que es amor. Ya lo sabes, querida.

De lo mucho que sabe Wendla la madre llega a darse cuenta demasiado tarde. La preñez de la muchacha le parece a ésta hidropesía. Y cuando la madre, desesperada, le grita: "No es hidropesía lo que tienes, sino un niño, la agonizante Wendla, despavorida, exclama: "Pero no es posible, mamá, si todavía no estoy casada. Oh, mamá,

¿por qué me ocultaste la verdad y no me lo dijiste todo?"

Con igual estupidez un muchacho, Morris, es inducido al suicidio porque es reprobado en los exámenes. Y a Melchor, el joven padre del niño que no nació de Wendla, se le interna en una casa de corrección para que, en su temprano despertar sexual, bajo los ojos de los maestros y los parientes, lo lleven a la degeneración.

Durante muchos años, los hombres y las mujeres de pensamiento de Alemania, abogaron por la imperiosa necesidad del desahogo sexual. *Mutter-schutz*, una publicación dedicada a la franca e inteligente discusión del problema sexual, condujo una campaña de propaganda en este sentido durante bastante tiempo. Pero le estaba reservado al talento dramático de Wedekind ejercer una influencia preponderante en el pensamiento de sus contemporáneos y a un grado que se obligó a introducir una clase de psicología sexual en las escuelas de Alemania.

Escandinavia, lo mismo que Alemania, se hallaba en un puesto avanzado en su actividad teatral, más que en otro género literario. Mucho antes que apareciera Ibsen en la escena, Bjorson, el gran ensayista, tronó con su voz contra la irritante desigualdad e injusticia que prevalecen en esos países. Pero fué una voz que predicaba en desierto, una voz que alcanzó a los menos. No sucedió lo mismo con Ibsen. Sus obras *Brand*, *Casa de Muñecas*, *Los Puntales de la Sociedad*, *Espectros*, *Un Enemigo del Pueblo*, han minado las antiguas concepciones, reemplazándolas con otras modernas y con un sentido más realista y al mismo tiempo ideal de la vida. Basta sólo leer *Brand* para comprender esta concepción moderna; pongamos, por ejemplo, la religión — la religión como un ideal para ser realizado en la tierra; religión de la fraternidad humana, de solidaridad y de bondad.

Ibsen es el que odió con más intensidad los vergonzosos males sociales, arrancando el velo de la hipocresía que los cubría. Su trabajo demoledor más notable se encuentra en los cuatro puntos cardinales que soportan el armazón de la sociedad: primero, la mentira, en la que descansa toda la vida contemporánea; segundo, la futilidad de los sacrificios predicados por nuestros códigos morales; tercero, las consideraciones de orden material, resultando de ello que el único dios es el culto de la mayoría; cuarto, la deletérea influencia del provincialismo. Estos cuatro principios recorren, como un leit-motiv, la mayoría de las obras teatrales de Ibsen, sobre todo en *Los Puntales de la Sociedad*, *Casa de Muñecas*, *Espectros* y en *Un Enemigo del Pueblo*.

¡Los Puntales de la Sociedad! Qué formidable acusación contra la estructura social que descansa sobre esos podridos puntales — puntales bonitamente pintados y aparentemente intactos, ocultando su verdadero estado de podredumbre. ¿Y cuáles son esos puntales?

El cónsul Bernick, en la cima más alta de su carrera financiera y social, es el benefactor de su ciudad, el fuerte puntal de la comunidad que logró llegar a la cima a través de los conductos de la mentira, del fraude y del dolo. Le hurtó a su más íntimo amigo Johann, su buen renombre, traicionó a Lona Hessel, la mujer amada, para casarse con su hermana por razones de dinero. Estuvo enriqueciéndose con turbias transacciones, bajo la hoja de parra del *bien común* y luego llega al colmo cuando pretende poner en peligro unas cuantas vidas humanas alistando el barco *Indian Girl*, que se halla en pésimas condiciones de navegación, para hundirlo en alta mar.

Mas el regreso de Lona le induce a meditar acerca de lo vacía que es su vida, encontrándola estrecha, mezquina, desprovista de todo sentido humano. Trata de aplacar su conciencia con la esperanza de que podría despejar el camino, propiciando una existencia mejor para su hijo y la nueva generación. Pero esa última esperanza cae hecha añicos al comprender la verdad de que nada puede ser construido sobre la mentira. En el momento culminante en que todo se halla preparado para celebrar los festejos dedicados al gran benefactor de la comunidad con banquetes de homenajes, él se yergue, poseído por un arranque viril de espíritu, y confiesa al pueblo que se ha congregado para festejarle:

"No tengo ningún derecho a este homenaje. Mis conciudadanos deben conocerme interiormente. Dejad que todos nos examinemos por igual y permitidme predecir que desde este memorable acontecimiento comienzan los tiempos nuevos. Lo viejo, con sus falsos oropeles, su hipocresía, con su vacuidad, descansando exclusivamente sobre la mentira y su lastimosa cobardía moral, debe quedar tras nosotros, como un museo, abierto para aleccionarnos".

Con *Casa de Muñecas*, Ibsen fué un precursor del movimiento femenino emancipacionista. Nora despierta de su rol de muñeca para comprender la injusticia realizada contra ella por su padre y su esposo.

"Mientras que me hallaba en el seno de la familia, mi padre acostumbraba inculcarme sus principios, ideas y opiniones, y yo sustentaba sus mismas opiniones. Si hubiese tenido otras debía simularlas, porque él jamás las habría aprobado. Acostumbraba llamarme su muñeca y jugaba conmigo como yo jugaba antes con mis muñecas. Entonces vine a tu casa. Tú arreglaste todas las cosas de acuerdo con tus gustos y yo tuve que adquirir tus gustos o pretendí hacerlo. Cuando comienzo a mirar tras mí, me parece que viví siempre como una mendiga, de prestado. Viví a fuerza de ficciones y de triquiñuelas por tí, Torvald, pero tú quisiste que fuera así. Tú y mi padre me hicisteis un gran daño".

En vano Helmer emplea los antiguos argumentos del repertorio filisteo — o sea del conservatismo burgués — acerca de los deberes de la esposa y de sus obligaciones sociales. Nora ha crecido y sobrepasa la talla del vestido de su muñeca en toda la conciencia de sus derechos femeninos. Se ha propuesto pensar y juzgar por su cuenta. Ha comprendido que, ante todo, es un ser humano, debiéndose primero que a nadie, a sí misma. Ella espera impávida la posibilidad aún del ostracismo social. Se ha vuelto escéptica de la justicia de la ley y de la sabiduría de lo estatuido. Su alma rebelde insurge y protesta contra lo exis-

tente. Para decirlo con sus propias palabras: "Debo meditar sobre lo bueno y lo malo y saber si yo o la sociedad tenemos de nuestra parte la razón".

En su candorosa fe puesta en el marido, ella espera que se realizará un gran milagro. Pero no fué el desahucio de esa esperanza que le ofreció la oportunidad de comprobar la falsedad del matrimonio. Más bien intervino el contentamiento pacato, prudente y atildado por parte de Helmer en una vida a salvo de toda contingencia molesta — una existencia que gusta de sumergirse en la quietud para que no peligre su rango social.

Cuando Nora cerró la puerta de su jaula dorada y se fué por el mundo en una nueva y regenerada personalidad, abrió las compuertas a la libertad y la verdad para su propio sexo y para la raza a devenir.

Más que alguna otra obra, *Espectros* tuvo las mismas prolongadas resonancias que la explosión de una bomba estremeciendo la estructura social en sus cimientos.

En *Casa de Muñecas* la justificación de la unión entre Nora y Helmer descansaba siquiera en la concepción del marido, de rígida e íntegra adhesión a la moralidad social. Verdaderamente era el convencional ideal del esposo y del padre adicto. No así en *Espectros*. La señora Alving se casó con el capitán Alving para encontrarse con un hombre en franca decadencia física y mental. Una vida en común significaría para ella la más completa degradación, resultando, además, fatal para los hijos que pudieran venir. En su desesperación se dirigió al pastor Manders, quien como un auténtico salvador de almas para el cielo, no podría mostrarse indiferente a las necesidades y a las grandes desventuras de la tierra. En cambio, él la hace regresar a la vergüenza de verse degradada durante toda su vida — a los deberes con su esposo y ama del hogar. Para ese pastor, la dicha no era más que una pagana manifestación de un espíritu rebelde y la esposa no podía juzgar sus deberes, sino "cargar humildemente con la cruz que un poder omnisciente para su bien le impuso".

La señora Alving cargó con esta cruz durante veintiséis años, bien largos para ella. No lo hizo obedeciendo a los altos poderes sino por su pequeño Osvaldo, a quien aspiraba a salvar de la ponzoñosa atmósfera del hogar de su marido.

Fué también en gracia del hijo amado que soportó la mentira y la comedia de las bondades y virtudes del padre, en un supersticioso temor de "deber y decencia". Muy tarde, sí, muy tarde, hubo de comprobar que el sacrificio de su vida entera había sido en vano y su hijo Osvaldo fué visitado por los pecados de su padre y por eso irrevocablemente sentenciado. También vino a saber que "todos nosotros somos espectros. No es solamente lo que hemos heredado de nuestras madres y padres lo que camina en nosotros. Son toda suerte de muertos ideales y creencias sin vida. Ellos no podrán tener vitalidad, pero se aferran a nosotros y no podemos desasirnos de ellos. Así somos todos nosotros lastimeramente miedosos de cualquier rayo de luz. Cuando Vd. me forzó a sometarme bajo el yugo de lo que llama Deber y Obligación; cuando usted me predicaba como justo y bueno lo que hacía rebelar mi alma con todas sus fuerzas, considerándolo infinitamente aborrecible, fué entonces cuando comencé a darme cuenta de la futilidad de su doctrina. Quise apresar en un solo nudo las pretendidas verdades contenidas en ella, pero al deshacer ese nudo la trama

se deshizo. Y entonces comprendí que no era más que la rutina de una máquina de coser que había bordado todas esas falsedades".

¿Qué cosa pudo arbitrar esa sociedad, que no es más que una inmensa máquina para tejer falsedades y prejuicios, ante este fantasma, ese espectro surgido del hervidero de las pasiones humanas de la obra maestra de Henrik Ibsen? Ella jamás pudo comprenderlo y de ahí la campaña venenosa contra su gran benefactor. El hecho que no se amedrentó lo demostró su réplica "Un Enemigo del Pueblo".

En esta obra Ibsen lleva a cabo los funerales de un sistema social decadente y agonizante. De sus cenizas emerge una individualidad regenerada, el audaz rebelde. El doctor Stockman, un idealista, lleno de simpatía y solidaridad social, es llamado por su ciudad natal como médico de unas termas que offician de baños medicinales. Pronto descubre que no son más que unas ciénegas, focos de infección y que los pacientes en vez de curarse resultan empeorados en sus dolencias por gérmenes nocivos.

El doctor, siendo un hombre honesto, de sólidas convicciones, considera que su deber es hacer público su descubrimiento. Pero bien pronto se percata que los dividendos y las ganancias, nada tienen que ver con los principios morales. Aun los reformistas de esa ciudad representados por el *People's Messenger* (El mensajero del pueblo) siempre dispuestos a charlar sobre su adhesión a la causa del pueblo, le quitan su apoyo al idealista, al conocer que su descubrimiento puede hacer peligrar la reputación de la ciudad y, de rechazo, perjudicarles en sus bolsillos.

El doctor sigue conservando la fe en sus conciudadanos. Mas ellos no quieren oírle, y se queda completamente solo. No puede tampoco encontrar un sitio para proclamar sus grandes verdades. Y cuando al fin da con el lugar, se le acosa y se le ridiculiza, tratándosele como al enemigo del pueblo. Y este hombre tan entusiasta, contando con la solidaridad de sus conciudadanos para combatir los males y los errores, se ve confinado a una absoluta soledad. La propalación de su descubrimiento traerá como consecuencia una gran pérdida pecuniaria para la ciudad, y los altos empleados, los buenos ciudadanos y las almas bondadosas de los reformistas, ante esta situación resuelven sofocar la voz de la verdad. Se halla entonces el doctor contra una mayoría compacta, lo suficientemente inescrupulosa como para construir la prosperidad de esa villa sobre el tremedal de la mentira y del fraude. Se le acusa de causar la ruina de la comunidad. Pero para él "nada importa que la comunidad se reduzca a escombros. Es más, debe ser arrasada. Toda agrupación de hombres que viven de la mentira debe ser exterminada como un atajo de animales ponzoñosos. Ustedes están conduciendo a esta ciudad a un punto en que todo el país merecería perecer".

El doctor Stockman no es un político práctico. Un hombre libre piensa que no debe comportarse como un pillo. "No debe obrar de manera que se escupa en la propia cara". Solamente los cobardes permiten que intervengan las pretendidas "consideraciones" del bienestar común o del partido para ahogar la verdad o los ideales. "Los programas de los partidos tuercen el pesquezo a las verdades jóvenes y vivas; y las consideraciones del expediteo toman de revés la moralidad y la

rectitud, hasta que la vida se hace fea y odiosa".

Estas obras de Ibsen — "Los Puntales de la Sociedad", "Casa de Muñecas", "Espectros" y "Un enemigo del Pueblo" — constituyen el más fuerte dinamismo dramático de ideas cuyo poder disipa gradualmente los espectros que caminan por ese cementerio que se llama la civilización. Aun más; los efectos destructivos de Ibsen son al mismo tiempo altamente constructivos, porque no solamente se contenta con minar esos puntales, sino que los cimenta con la firme base de un sano ideal futuro, que descansa sobre la soberanía del individuo, dentro de un ambiente de solidaridad y cordialidad.

Inglaterra, con sus grandes adalides de las tendencias avanzadas, los peregrinos del intelecto, como lo fueron los Godwin, Robert Owen, Darwin, Spencer, William Morris y varios otros; o los poetas, las alondras de la libertad — Shelley, Byron, Keats —, es otro ejemplo de la influencia del arte teatral. En pocos años las obras teatrales de Shaw, Pinero, Galsworthy, Rann Kennedy, difundieron los pensamientos más radicales entre gente que fué sorda a los de esos grandes poetas británicos. Un público que pudo permanecer indiferente ante la publicación de un ensayo de Robert Owen sobre la pobreza, o ignoraba los folletos socialistas de Bernard Shaw, tuvo que inclinarse y pensar frente a ese *Major Barbara*, donde a la pobreza se la reputa como uno de los más grandes crímenes de la civilización cristiana. "La pobreza debilita, esclaviza y sume en la mezquindad a los pueblos; la obrera crea enfermedades, crimen, prostitución; *in fine*, la pobreza es responsable por todos los males y desgracias de este mundo". La pobreza también exige las sociedades de beneficencia, las instituciones caritativas que abonan y hacen creer lo que se proponen destruir. El ejército de Salvación, por ejemplo, combate la ebriedad, según *Major Barbara*; sin embargo, uno de los mayores contribuyentes es el propietario de una destilería de whisky, quien actualmente hace donaciones de varios miles de libras para cegar lo que es la verdadera fuente de su prosperidad. Bernard Shaw deduce de esto que el genuino benefactor es Undershaft, padre de Bárbara, un fabricante de cañones, cuya teoría de la vida se resume en que la pólvora es más fuerte que todas las palabras.

"El peor de los crímenes — dice Undershaft — es la pobreza. Todos los otros crímenes, en su comparación, son virtudes; todas las deshonestidades, a su lado, resultan caballerescas. La pobreza empuerca totalmente las ciudades; derrama horribles pestilencias; emponzoña, mata a todo el que se acerca a ella por la vista, por el olfato, y por el oído. Lo que realmente se llama crimen, no es nada; un asesinato por aquí, un robo por allá, un puñetazo y los insultos: ¿qué importa esto? Son sólo los accidentes de la ociosidad de la vida; aquí en Londres no existen cincuenta profesiones genuinas de la criminalidad. Pero si hay millones de personas pobres, abyectas, mal alimentadas, asquerosamente vestidas, que atosigan, matan la dicha de la sociedad; nos obligan a dejar a un lado nuestros instintos de libertad, organizando crueldades anormales para infundirles miedo e impedirles que se levanten contra nosotros y nos hundan en los abismos. La pobreza y la esclavitud se han mantenido firmes durante siglos, pese a nuestros sermones leídos y escritos; pero no resistirá a nuestros cañones y a nuestras ame-

tralladoras. No hay que predicarle; no hay que esgrimir razones en su contra. Hay que exterminarla... Es el ensayo final para inculcar la convicción, la única palanca lo suficientemente poderosa para derribar nuestro sistema social. ¡El voto! ¡Bah! Cuando se vota, sólo se cambia el nombre del gobierno. Cuando tiran los fusiles y se viene abajo el gobierno, se inauguran nuevas épocas, se suplanta un antiguo orden de cosas por uno nuevo".

No causa asombro que la gente se cuidase muy poco de los opúsculos socialistas de Bernard Shaw. Solamente a través de la versión teatral pudo difundir esas verdades paradójicas e históricas. Es por eso que la personalidad del dramaturgo inglés resulta un factor grandemente revulsivo y revolucionario por su teatro.

Después de la obra de Hauptman *Die Weber, Strike* (la huelga) de Galsworthy, es uno de los más importantes trabajos teatrales.

El tema de *La Huelga* es la lucha de dos elementos sociales predominantes; Anthony, el presidente de la compañía, un conservador rígido, de una independencia de ánimo indomable, quien por nada se avendría a hacer la menor concesión, aunque los obreros se hayan mantenido en huelga durante meses y se hallen al borde de perecer de hambre; y David Roberts, un revolucionario de irreductible rebeldía y cuya adhesión a la causa de la libertad y de los trabajadores es de una ardiente sinceridad. Entre los huelguistas hay muchos que flaquean, vencidos por la lucha interminable, arrastrados y acosados por el espectáculo de miseria y de angustiosas necesidades que les ofrece el cuadro familiar.

Una de las partes más maravillosas de la pieza de Galsworthy es cuando nos muestra diáfana la psicología de la multitud, en su incongruente vacilación y en su falta de carácter. Por un momento aplauden al viejo Thomas, quien habla del poder de dios y de la religión y amonesta a los hombres contra todo acto de rebeldía; en el próximo instante se deja arrastrar por un comisionado y delegado unionista, quien defiende la causa de esas corporaciones — las *trade unions* — siempre dispuestas a contemporizar, aceptando cualquier compromiso y que prohíben a los trabajadores declararse en huelga toda vez que lo hagan por su propia cuenta; y luego, finalmente, la multitud va contra el espíritu de rebeldía y la extremada intensidad de la fe de Roberts. En suma, son los propensos a dejarse arrastrar como veletas en cualquier dirección que el viento sople. Y esta es la maldición de la clase trabajadora, que siempre camina como rebaño conducido al matadero.

La entereza de ánimo basada en una fe, en un ideal o una convicción es uno de los más grandes crímenes para nuestra era comercial. Nada importa la belleza de un espíritu o el gran valor de una personalidad, desde el momento que no quiere dejarse manejar o rehusa vender sus principios, es arrojado al margen de la sociedad. Este fué el destino que les tocó a Anthony y a Roberts. Representaban los polos opuestos, antagonísticos unos a otros, divididos por un foso tan tremendo que nada podría colmar. Anthony es la encarnación del conservatismo, de las ideas antiguas y de los métodos férreos:

"He sido presidente de esta compañía durante treinta y dos años y quizás más. Cuatro veces

combati contra esos hombres. Nunca fui derrotado. Se ha dicho que los tiempos han cambiado. Si esto es así, yo no cambié con ellos. Se ha dicho que los patrones y los obreros son iguales. Nunca. Sólo puede haber un amo en cada casa. Sus intereses están tan distantes como los polos. Hay un sólo método para tratar a los hombres: con mano de hierro. Los amos son los amos. Los obreros son los obreros".

No podremos admirar esta adhesión a los antiguos y reaccionarios principios, y no obstante hay algo de admirable en el coraje y en la entereza de este hombre que es mucho menos peligroso a los intereses de los oprimidos que los sentimentales y blandos reformistas roban con los nuevos dedos y con el décimo legán bibliotecas; que exprimen hasta la última gota de sangre a los seres, como Russel Sage, y luego gastan millones de dólares en investigaciones sociales; los que hacen de las jóvenes y tiernas plantas humanas, unas viejas y arrugadas mujeres y entonces les concederán la mezquindad de algunos dólares o fundarán asilos para obreras anclanas. Anthony es un digno enemigo; y para equipararnos a un enemigo de su talla debemos aprender a conducirnos abiertamente con él.

David Roberts posee los mismos atributos mentales y morales de su adversario, aunado al espíritu de rebeldía, empapado de las ideas modernas. También es entero en sus convicciones y nada quiere para su clase que no sea una completa y absoluta victoria.

"No es por este pequeño espacio de tiempo que estamos empeñados en luchar, ni tampoco por nuestros cuerpos y en su bienestar: lo es por todos aquellos que vendrán y para todos los tiempos. Oh, por amor de ustedes mismos y por ellos, no los carguen con una nueva piedra, no entenebrezcan más sus horizontes. Si podemos hacer temblar en sus cimientos a ese monstruo de pálido y lívido rostro, que con sus labios sangrientos sorbió nuestra vida, la de nuestras mujeres y nuestros niños desde que el mundo es mundo, si no poseemos un corazón viril para ir contra el suyo pecho con pecho, ojo con ojo, haciéndolo retroceder hasta que pida gracia, seguiremos viviendo esta vida de cobarde explotación y permaneceremos siendo, para siempre, lo que hemos sido, menos que perros".

Es inevitable que los mezquinos compromisos y los sórdidos intereses pasen de largo y dejen tras suyo a semejantes gigantes. Y esto será inevitable mientras las masas no alcancen la estatura moral de David Roberts. ¿Podrá esto suceder algún día? Ser profetas no es la profesión de los hombres de teatro. Entonces se deberá llegar a comprender que los trabajadores estarán obligados a adoptar otros métodos y otras tácticas no muy familiares para ellos: es decir, tendrán que apartar de su medio a todos esos elementos que se hallan siempre predispuestos a reconciliar lo irreconciliable: el Capital y el Trabajo. Deberán percatarse también que caracteres como los de David Roberts son las verdaderas fuerzas que revolucionan el mundo y representan, por eso, los precursores de esa emancipación que se zafará de las garras de ese "monstruo de faz blanca y de labios sangrientos", yendo hacia un horizonte risueño, hacia una vida libre, donde se apreciará profundamente los puros valores espirituales y humanos.

No hubo un asunto de tanta trascendencia social que haya sido tratado más extensamente, en estos últimos años, como la cuestión penal en sus principales y variados aspectos.

Pocas fueron las revistas de cierto fuste que no le dedicaran un espacio respetable a la discusión de este tema de vital importancia. En los Estados Unidos y en el extranjero se publicaron un buen número de libros, escritos por autores de valía, en los que se comentaba este tópico desde su punto de vista histórico, psicológico y social, y hallándose de acuerdo casi todos en que las presentes instituciones penales y nuestros procedimientos en el intento de la represión del crimen, resultaron completamente inadecuados y costosos. Se podía esperar que surgiría alguna medida radical, en forma de plan o reforma, de todo este cúmulo de literatura que presentaba el crimen social perpetrado contra el prisionero. No obstante, a excepción de algunas e insignificantes reformas en algunos establecimientos penales, nada de fundamental se llevó a cabo. Pero este mal social de extrema gravedad, halló su expresión patética en la obra *Justice*, de Galsworthy.

La primera escena representa el estudio de un abogado cuya firma es *James How and Sons*. Uno de los empleados superiores, Robert Cokeson, descubre que un cheque extendido por nueve libras fué alterado por las cifras 90 libras. Por algunas deducciones las sospechas recaen sobre William Falder, uno de los jóvenes oficinistas. Este se halla enamorado de una mujer casada, la esposa de un borracho que la brutaliza y maltrata. El falsificador, acosado por su patrón, un hombre muy severo sin dejar de ser muy bueno, confiesa, argumentando la situación angustiosa de Ruth Honeywill con quien se había propuesto huir, para salvarla de la vida insostenible que le daba el marido. A pesar de los ruegos del joven Falder, imbuído de ideas modernas, su padre, un ciudadano moral y respetuoso de las leyes, entrega a Falder a la policía.

El segundo acto transcurre en la sala de un tribunal, exhibiendo a la justicia en toda la manipulación de su manufactura. Esta escena iguala en potencia a la de *Resurrección*, que se desarrolla también en los tribunales. Falder, un joven de veintitrés años, un poco débil de constitución física, se halla en el banco de los acusados. Ruth, su querida casada, se la ve inflamada de amor y de adhesión por quien ansía salvar y que por causa suya se halla en la presente situación. El culpable es defendido por el jurisconsulto Frome, cuyo discurso dirigido al jurado es una obra maestra de filosofía social, impregnada de humanitaria comprensión y de simpatía con los dolores humanos. El no intenta discutir el hecho de la falsificación del cheque cometida por Falder; aunque objeta una ofuscación temporal en su cliente gestadora del delito, su argumento va contra esa conciencia social tan vasta y honda que abarca todas las raíces de los males sociales, "el fondo tenebroso de la vida, de esa palpitante vida en cuyo seno se halla latente la preparación germinativa del crimen". Muestra a Falder en la disyuntiva de ver a la mujer amada muerta por el marido, con quien no puede divorciarse, o tomar la ley en su mano. El abogado de la defensa, dirigiéndose al jurado le dice que piense antes de convertir en un criminal a ese joven débil de voluntad, condenándolo a ser encarcelado "porque

la justicia es como una máquina, basta que alguien le imprima el primer impulso y entonces ella seguirá marchando sola... ¿Es posible que este hombre tenga que ser despedazado por esa máquina, por ese solo acto que, en el peor de los casos, no significa sino una debilidad de ánimo? ¿Habrá de formar parte de esa desdichada tripulación, cuyos negros y pétreos barcos, encallados en el odio y en el mal, la gente los llama prisiones? Exijo, señores, que no labren la ruina de este hombre. Es lo que espera, como el resultado de esos cuatro minutos, la completa e irreparable ruina... El rodar inexorable del carro de la Justicia que pisoteará a este muchacho, comenzará cuando se decida dictar su sentencia".

Pero el carro de la justicia rueda despiadadamente sobre su víctima, y como dice uno de los jueces, "la ley es lo que es, un majestuoso edificio que nos cobija a todos y cuyas piedras descansan unas sobre otras".

Se sentencia a Falder a tres años de prisión.

En la cárcel, el joven e inexperto penado es la víctima propiciatoria de ese terrible sistema. Las autoridades admiten que Falder se halla en malas condiciones físicas y mentales, pero nada pueden arbitrar sobre ese asunto: muchos otros se encuentran en las mismas situación, "los locales son muy incómodos e inadecuados".

La tercera escena del tercer acto es de una gran intensidad dramática en su silenciosa fuerza. Toda la escena es jugada como una pantomina y se desarrolla en la celda de Falder:

"La luz del día se va disipando rápidamente. Falder, calzado solamente con los calcetines, se halla completamente inmóvil, con su cabeza inclinada hacia la puerta, como si escuchara algo. Se acerca un poco más a la puerta, sus pasos no se oyen. Se detiene a la puerta. Hace fuerza, mucha fuerza para oír los pequeños ruidos que suenan afuera. Repentinamente salta atrás — como si un sonido le hubiera golpeado — y se queda absolutamente rígido, inmóvil. Entonces, con un hondo suspiro vuelve a su trabajo, deteniéndose a contemplarlo con la cabeza gacha; da una y otra puntada, con el aire de un hombre tan ausente por el dolor que parece que, por cada puntada, vuelve a la vida. Otra vez se levanta bruscamente y comienza a pasearse por la celda, moviendo la cabeza y con paso agitado, como una fiera en la jaula. Detiéndose nuevamente a la puerta, se pega a ella y escuchando, coloca las palmas de la mano sobre las tablas de modo que su rostro se aplasta contra los barrotes en su ansia de ver. Retrocede otra vez; lentamente, después de un segundo, vuelve bajo la ventana, agarrándose la cabeza con las dos manos como si quisiera impedirle que estalle y permanezca allí. Pero como nada puede alcanzar a ver se retira no queriendo mirar más y con un movimiento súbito recoge del suelo una tapa de hojalata y se la aparea a la cara con un gesto de caricia. De pronto se cae esa tapa con estruendo — es el único ruido que rompe la gravedad del silencio —; ahora se inmóviliza, mirando con forzada fijeza la pared donde una camisa cuelga y se destaca, con pronunciada blancura, en esa sombra; parece que viera algo o a alguien, allí, muy cerca. Se produce el sonido seco de una *tap* y *clac*, y la lamparita eléctrica de la celda se ilumina tras del enrejado de su prisión de vidrio. La celda resplandece de luz. Falder se

sofoca, va a desvanecerse, como si le faltase el aire, el aliento.

Un sonido lejano, muy lejano, apenas perceptible, va propagándose con toque metálico hasta ser súbitamente percibido por el oído. Falder lanza un chillido, como si no pudiese soportar ese subitáneo clamor. Pero los sonos aumentan, crecen en intensidad, como si un carro tonante, lleno de sonajeros, fuera acercándose a la celda. Y gradualmente parece que se siente hipnotizado por ese tumulto sonoro. Comienza a aplastarse más y más contra la puerta. El voltigeo de los sonidos pasando de celda en celda se acerca cada vez más; las manos de Falder gesticulan como si su espíritu se hubiese unido a esos sonos y éstos siguen voltigeando hasta que entran en la misma celda. De repente levanta en alto los puños cerrados. Y gesticulando, violentamente, se arroja contra la puerta para continuar golpeándose contra ella.

Al fin Falder abandona la cárcel, sujeto a una vigilancia especial por parte de la policía, con la infamante marca del penado sobre su frente y el peso férreo de la miseria en su alma. Gracias a los ruegos de Ruth, la firma James Howland Sons está dispuesta a reintegrarlo a su antiguo puesto, con la condición previa que se separe de su querida. Es entonces que Falder llega a conocer la horrible noticia de que la mujer que ama fue arrastrada por el despiadado Moloch económico a vender su cuerpo. Ella trató "de hacer camisas... cosas baratas... Nunca conseguí ganar más de diez chelines por semana... Raras veces me acostaba antes de las doce de la noche... Y entonces sucedió que mi patrón... lo que siempre ha sucedido". En este terrible momento psicológico aparece la policía para prenderlo otra vez por infracción a la vigilancia a que está sometido. Completamente abrumado por lo inexorable de las adversas circunstancias que le acosan, el joven Falder resuelve buscar paz y la encuentra arrojándose en los brazos de la muerte, mucho más magnánima que la justicia humana. Sucede esto mientras los detectives intentan conducirlo a la cárcel.

Sería literalmente imposible dar una idea de los incalculables y formidables efectos producidos por esta obra teatral. Bastará citar este hecho extraordinario y poco común para apreciar su poderoso influjo, que el ministerio del interior de Gran Bretaña ordenó se llevaran a cabo grandes reformas en todos los establecimientos penales del país. Es un síntoma alentador que revela la influencia ejercida por el teatro. Es, pues, de esperar que la formidable acusación lanzada por Galsworthy no dejará de ejercer beneficiosos efectos en la opinión pública de Norte América, repercutiendo en las condiciones en que se hallan sus cárceles.

De todos modos, no hay duda que no hubo otra obra del teatro moderno que diese un fruto tan inmediato, impresionando con tanta intensidad la conciencia de la sociedad.

Existe otra obra moderna de teatro, *The Servant in the House*, que también toca uno de los temas principales de vida social. Su autor es Mr. Kennedy. El héroe de esta pieza magistral es Robert, un grosero y sucio borracho que la sociedad repudió. Y este Robert, el limpiador de cloacas, es el verdadero héroe de esta obra; aun más, es el gran salvador. Es él quien se ofrece voluntariamente para bajar a las cloacas más peligrosas para que sus camaradas "puedan tener luz y aire". Después de todo, este hombre ¿no sacrificó siem-

pre su vida a fin de que todos los otros pudiesen tener luz y aire?

El pensamiento de que el trabajo proletario ha sido el redentor que lleva a cuestras la cruz del bienestar social, fué proclamada desde todas partes en todo idioma y bajo todos los climas. Sin embargo, las palabras humildes de Robert expresan este estado de alma, la misión del proletariado, con una más grande elocuencia que en otras ocasiones.

Norte América se halla todavía en su infancia teatral. La mayoría de los ensayos en el setnido de reflejar la vida han fracasado lamentablemente. No obstante, se observan síntomas felices en la actitud del público inteligente hacia las obras modernas de teatro autóctono y aun las del extranjero.

Uno de los dramas que se podría tildar de norteamericano es *The easiest Way*, por Eugene Walter.

Se supone que pinta una peculiar faz de la vida neoyorquina. Si fuera así, su significado no sería muy grande. Lo que le otorga a esta pieza un verdadero valor es algo más profundo. Se halla, pri-



HACIA LA LIBERTAD

mero, en la corriente fundamental de nuestra fábrica social que nos arrastra aun siendo caracteres fuertes como el de Laura, por la vía más fácil, una vía aniquiladora de la integridad, de la verdad y de la justicia. Segundo, el fatalismo cruel, insensible, que rige la facultad sexual de las Lauras. Esas dos fases de este problema le adjudican a esta obra un carácter universal y es una de las acusaciones más trágicas contra la sociedad.

El despilfarro criminal de las energías humanas por parte de las condiciones económicas y sociales arrastra a Laura, como a la mayoría de las muchachas, a casarse para tener un hogar; como arrastra a los hombres a sufrir los peores envilecimientos por una miserable pitanza.

Entonces ahí está la respetable institución, como cualquier otra que es el fatalismo sexual de las Lauras. Lo ineluctable de esta fuerza es resumida en estas palabras: "¿Acaso no conoces que en la vida de esos hombres contamos menos que cualquier animal doméstico?... Es un juego de azar, si no jugamos bien nuestras cartas, perdemos". En la lucha por la vida la mujer tiene una sola arma, una probabilidad de ganar: el sexo. Esto sólo nos sirve como baraja de triunfo, en el juego de la vida.

A causa de este fatalismo la mujer ha sido convertida en un parásito, en una cosa inerte. ¿De qué modo se puede esperar perseverancia, ni voluntad en Laura? La vía más fácil ha sido el sendero trazado desde tiempo inmemorial. Ella no podía seguir otro.



### Una traducción de las obras de Gori

La casa Carlos Maucci, de Génova, ha editado en español, en un español que a nosotros nos cuesta mucho esfuerzo entender, algunos tomos de las obras de Gori, recogidos en italiano y editados por P. Binazzi. Y para facilitar la entrada de esos volúmenes en el gran público, les ha puesto una portada llamativa de novela por entregas y títulos no menos inverosímiles. Uno se titula "Odió, Vida y Amor" y el otro "Virtud y Perversión". Los títulos no corresponden a la seriedad de los

temas tratados por Gori, y a la profundidad de sus conceptos. Pero esto significaría poco. Lo que importa decir en esta ocasión es que se trata de páginas en gran parte incomprensibles, escritas en un español propio de los italianos de la Boca. Y tratándose de un escritor tan elegante como Gori, el crimen de la mala traducción es doblemente condenable. La idea de esa edición española, que habría podido ser un beneficio para las ideas y una hermosa recordación de Gori, es malograda por virtud de la pésima traducción.

### Prensa nuestra

Tierra Libre, órgano de la F.

Se puede citar otras obras que, igualmente en la misma tendencia, demuestran el rol cada vez más preponderante del teatro como divulgador de verdades sociales. Será suficiente mencionar *The third degree* de Charles Klein; *The fourth State*, por Medill Patterson; *A man's World*, por Ida Croutchers, — ello resume el despertar de la aurora del arte teatral de Norteamérica, un arte que descubre al pueblo la terrible enfermedad de nuestro organismo social.

Se ha dicho que todos los caminos conducen a Roma. Aplicando este adagio a las varias tendencias que existen en nuestros días se puede establecer como una verdad que todas propenden a la gran reconstrucción social. El despertar económico de los trabajadores y su comprensión de la imposterable necesidad de concertar una acción común gremial, las tendencias modernas pedagógicas, especialmente al aplicárselas al libre desarrollo del niño; el espíritu de creciente inquietud expresado en todas las manifestaciones del pensamiento, en arte y en literatura, son todos elementos precursores que conducen hacia más amplios horizontes. Por encima de todo se halla el teatro moderno, que obra a través de la doble expresión humana, del dramaturgo y del intérprete y que ejerciendo su influjo en la mente y en el corazón es una de las fuerzas más potentes para suscitar vivamente el descontento social que, a sublevar esa poderosa ola de inquietud, barrerá las aguas muertas, estancadas de la ignorancia, de los prejuicios, de la superstición.

## BIBLIOGRAFIA

O. Local Tucumana y portavoz de las organizaciones del norte adheridas a la F. O. R. A. y a la A. I. T., Tucumán, febrero (año 1, núm. 3). Bernabé Araoz 181.

Orientación, suplemento quincenal de la revista del mismo nombre. Santa Fe, febrero 25 de 1928. Primer número. Se reparte gratis, así como el anterior. Belgrano 4029, Santa Fe.

¡Siempre! — Periódico anarquista. I-1, febrero de 1928. Santiago (Chile). Primero y único número clandestino, pues su imprenta ha sido confiscada por el dictador chileno y los compañeros que participaban en la redacción y confección de este órgano han sido detenidos.



# EDITORIAL "LA PROTESTA"

## HISTORIA

M. Nettlau.—

*Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873).* — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.  
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

*Errico Malatesta, la vida de un anarquista.* — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

*Fernand Pelloutier y el sindicalismo*— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

*Johann Most, la vida de un rebelde.*— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

*En Ucrania.* — La sublevación popular y anarquista — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Gulliaume J.—

*Miguel Bakunin.* — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

## FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

*I La Revolución Social en Francia,* tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs, 1924.

*II La revolución social en Francia.*— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

*III Consideraciones filosóficas.*— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio . . . . . \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

Malatesta Errico.—

*Anarquía.* — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

*En el café.*—Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs, 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

*Conferencias. I.* — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

*Cartas a una mujer sobre la anarquía.*

—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

*Influencias burguesas sobre el anarquismo.* — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

*Los anarquistas (Estudio y réplica)*— 166 págs., \$ 1.—

## ANTIMILITARISMO

### ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

*Nacionalismo y anarquismo.*—64 págs. 1927, \$ 0.20.

### UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

*Mi comunismo (La felicidad universal).* — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 1.  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

*El Humanisferio.* — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

### FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

*A mi hermano el campesino.* — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

*Carta Gaucha.* — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

*La jornada de seis horas.* — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

*La maldición del practicismo.* — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

*La Ucrania revolucionaria.* (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

*A los jóvenes.* — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Faure S.—

*La falsa redención.* — \$ 0.10

*La dictadura de la burguesía.* — \$ 0.10

*La patria de los ricos.* — \$ 0.10.

*La podredumbre parlamentaria.*—\$ 0.10

*La moral oficial y... la otra.* \$ 0.10

*La mujer.* — \$ 0.10

Radowitzky S.—

*La voz de mi conciencia.* — 16 págs., \$ 0.10.

### VARIOS

*Certamen Internacional de "La Protesta".* — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

*Almanaque de "La Protesta" para 1927.* — 160 págs. precio \$ 0.50